

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

(CONTINUACION.)

—Vé, Malvina, dijo Ofelia con dulzura, y dí al señor Martin que nos haga la merced de subir.

La condesa parecia meditar profundamente y solo la entrada del anciano la distrajo de sus reflexiones.

—Señor Martin, dijo: estas niñas necesitan mudar de habitacion durante algun tiempo; ¿podríais cambiársela por la vuestra?

—Pero, señora, ¿habeis visto mi habitacion? preguntó el buen hombre estupefacto.

—No la he visto; sin embargo, sea como sea, es buena.

—En ese caso, podeis disponer de ella, repuso el zapatero.

—Dirá lo mismo vuestra esposa?

—Lo mismo: ella da por hecho cuanto hago yo.

—Dadle, pues, la noticia, porque estas jóvenes deben acostarse allí en seguida.

—Yo les subiré las camas y bajaré la nuestra aquí.

El buen hombre puso al instante manos á la obra y la condesa llevándose á Ofelia á un lado, le dijo dándole un bolsillo.

—Aquí hay dos mil reales en oro; guardadlos, mi querida niña, pues es la mitad del precio que destino á la obra del peinador de que os he hablado: de vuestra cuenta corre el que los dibujos sean lo mejor posible. Venid acá, María, y oid un consejo; esta noche os enviaré á mi médico, instalo en la boardilla del zapatero, y no abrais mas que á él y á su mujer y al doctor: Ofelia, acostaos y que se acueste Blanca tambien: Rosa vendrá á cuidaros, porque esa pobre niña no basta: adios, amigas mías, hasta mañana muy temprano.

La condesa abrazó á las jóvenes y salió dejándolas entregadas á las dulzuras de la esperanza: al pasar por el patio, dió cuenta á la señora Antonia

JUNIO.

del arreglo efectuado entre su esposo y las huérfanas, y la bondadosa anciana se mostró muy satisfecha de poderlas ser útil en algo.

Cioutilde subió á su coche, y no bien llegó á su casa hizo llamar á Rosa, quien como todas las noches gritaba á la puerta del teatro mas concurrido:

—Ramitos de camelias! ya tengo yo en la mano la risa del buen tiempo! violetas! qué bonitas!

XXVI.

ORGULLO QUE MATA.

Fernando de Silva, agobiado con la desgracia que acababa de experimentar, permanecia en su casa abatido por una profunda tristeza.

Amaba á su perdida esposa no con ese cariño tranquilo ó inalterable, propiedad benéfica de las naturalezas apacibles, únicamente le habia profesado siempre una fria consideracion llena de hastío, que su insaciable naturaleza concedia á todo aquello que se le prodigaba mucho: cuanto era nuevo le hechizaba: cuanto le era conocido le fatigaba y le sumergia en un fastidio profundo y doloroso.

No obstante y á pesar de lo gastado de su naturaleza y de sus sensaciones, conservaba en el alma bastante sana aun sus creencias religiosas: era honrado y pundonoroso, pudiendo decirse que todas sus faltas provenian del exceso de fuerza de su imaginacion y de una facultad de sentir tan inmensa, que le empujaba con frecuencia á los abismos que abren las pasiones.

Tal vez Fernando no habia encontrado aun al ser que debia comprenderle y hacer dichosa su vida por medio de esos lazos del alma tan difíciles de formarse como imposibles de romperse: su esposa Isabel, buena, atenta y afectuosa, quizás en demasía, jamás habia logrado inspirarle otra cosa que estimacion sincera hácia su virtud y una afición tranquila y agradecida.

Mas ay! ¿qué era esto para hacer feliz á un ser nacido para las grandes pasiones? Fernando, á su lado, se fatigaba de inaccion y de falta de sentimiento, del mismo modo que el pobre pájaro, encerrado en una jaula de oro, que muere, aunque se le rodeen de flores si le falta el ambiente y la luz!

Una hija vino á hacer mas feliz la vida de Fer-

nando: su corazón, dormido en el fondo de su pecho, animóse al oír el vagido de aquella criatura; mas pronto se acostumbró también á la dulzura monótona y siempre igual de esta nueva afición, y sin dejar de quererla volvió á suspirar por la vida del corazón, que se dormía de nuevo.

Clotilde era la única mujer á quien Fernando había amado, si nó con la intensidad de las pasiones exclusivas, al menos con todo el fuego y todas las ilusiones de un primer amor: en el alma de muchos hombres entra al menos por tanto el amor como el amor propio; y la hermosa, noble y opulenta Clotilde de Guzman podia envanecer con su cariño al hombre mas exigente.

No obstante, el orgullo era la pasión dominante en el alma de Fernando por lo mismo que tenia conocimiento de lo que valia; y ya se ha visto por la cándida y veraz relación que hizo Clotilde á su esposo al principio de esta historia, como tuvo valor bastante para abandonarla y para casarse con otra.

Mas bien pronto cedió su resentimiento al verse unido para siempre á una mujer, que era muy inferior á la hija del duque de B.... Es verdad que la pobre Isabel creía á su esposo de una naturaleza y de un mérito superiores á los demás hombres; rodeábale constantemente de la mas tierna solicitud, y siempre estaba pendiente de sus ojos: si hablaba le oía con religiosa atención dando continuamente apasionadas señales de su admiración; pero tales muestras de cariño no podían halagar ni el amor ni el orgullo de Fernando, y solo le inspiraban una lástima desdenosa.

No quería esponderse á ver de nuevo á Clotilde, cuyo casamiento había sabido con profundo dolor; así pues, permaneció dos años encerrado en la ciudad donde había nacido, entregándose con afán al estudio y deseoso de olvidar la idea fija de su alma.

Su vida era sedentaria y arreglada: trabajaba en su facultad con asiduidad y brillantez; y por lo que tocaba á su esposa ó hija, el esposo y el padre mas ejemplar no hubiera podido menos de admirarse de su comportamiento.

Mas todas aquellas apariencias de tranquilidad no eran otra cosa que un deseo de matar su corazón demasiado fogoso y las aspiraciones que le ahogaban.

Un negocio imprevisto le obligó de repente á ir á Madrid: no bien llegó, su primera diligencia fué informarse de Clotilde: muy pronto tuvo ocasión de saber lo que sobraba para acabar de lastimar su orgullo: la condesa era una de las mujeres mas de moda de Madrid por su belleza, por su esplendor y por su gracia, uniendo además á tantas ventajas una cosa muy rara, atendidos los rápidos y funestos progresos de la maledicencia; su reputación de virtud era intachable, concediéndosela lo mismo los hombres que las mujeres.

Poco tiempo despues de estar Fernando en Madrid, recibió una carta de uno de sus amigos que, entre otras cosas, decia lo siguiente:

"Tu mujer se ha puesto estrañamente triste, y su salud se ha alterado de una manera notable:

no puedes dudar que sabe cuanto has amado á Clotilde, y que esta se encuentra en Madrid: creo que siente unos terribles celos, exasperados aun por el humilde concepto que tiene de sí misma, y que en esta ocasión se aumenta su martirio, exajerándola las ventajas indisputables de su rival."

Esta carta causó una viva sensación á Fernando: escribió á su esposa de la manera mas tierna; pero poco despues tuvo ocasión de ser presentado en casa de Clotilde por el marqués de la Oliva y se olvidó de todo lo demás.

Algunos dias mas tarde, y en tanto que él buscaba con anhelo todas las ocasiones de ver á la condesa, recibió otra carta de su amigo:

"Vuelve, Fernando, le decia en ella; tu mujer está enferma: ha adelgazado considerablemente; no sé quien la escribe tu vida en esa; pero tú sabes que ella tiene ahí parientes: tú no amas ya á la condesa, y solo para satisfacer tu orgullo, anhelas que ella vuelva á amarte; mas Isabel será la víctima de ese juego fatal; pues no puede soportar la doble privación de tu vista y de tus cartas."

Fernando tomó un billete en la diligencia para volver á su casa aquella misma noche y así lo escribió á su esposa; mas su amigo el marqués de la Oliva le dijo que aquella noche estaba Clotilde sola en su casa, y la diligencia partió sin Fernando.

Sin embargo, Isabel, que no había recibido aviso de su detención, fué á esperarle á pesar de su enfermedad, y al saber que Fernando se había quedado en Madrid, volvió á su casa transida de fatiga y de dolor.

Quince dias despues Fernando recibió otra carta en la cual se le noticiaba la muerte de su mujer; su amigo añadía en ella que al dia siguiente saldría con dirección á Madrid con el objeto de llevarle á su hija que había quedado abandonada.

Fernando sintió un dolor profundo y maldijo un orgullo que había sido el tormento de toda su vida y el verdugo de la excelente criatura que el cielo le había dado por compañera.

Solo le había obligado á perseguir á la condesa la mezquina satisfacción de poderse decir á sí mismo:

—Esa mujer, á quien tuve que renunciar cuando era libre, olvida ahora por mí á su esposo y á sus hijos..... estoy vengado!

¡Miserables satisfacciones de los mortales! Por ellas se renuncia muchas veces hasta á la tranquilidad de la conciencia!

Fernando de Silva se encerró en su casa: en medio de sus punzadores remordimientos, confundía en un odio exajerado al marqués de la Oliva, que era el que le había conducido á casa de la condesa, y á la misma Clotilde.

Su constante malestar hizo una pausa para recibir á su hija y luego volvió á su tenebroso silencio y á su sombría y dolorosa calma, dejando libre á la condesa de sus persecuciones.

Ya era tiempo: Clotilde se consumía en la árdua lucha, y á poco mas que hubiera durado, Fernando de Silva hubiera tenido que dar cuenta al cielo de otra nueva víctima de sus pasiones.

XXVII.

LA NIÑA SIN PADRES.

Dos días después del en que estuvo Clotilde en casa de las señoritas Valdés, y á eso de las once de la noche, el Nido de Palomas presentaba un aspecto digno de notarse, aunque algo distinto de aquel con que le hemos conocido.

Reunidas en la boardilla del señor Martín y de la señora Antonia, se hallaban las tres hermanas, su compañera Malvina y Rosa, la linda vendedora de ramilletes.

Acompañábalas la señora Antonia que hacía calca con suma agilidad sentada junto á la mesita que sostenía la luz.

Ofelia, acomodada en uno de los sillones que vimos en su habitación, estaba hablando con las personas que la rodeaban.

Frente á ella y recostada en el otro sillón igual, Blanca miraba tiernamente á María, que bordaba junto á la luz y que de vez en cuando sonreía á sus hermanas.

Malvina hacía dobladillos en una sábana de batista y Rosa cosía una camisa para Curro.

—Señoritas, dijo la ramilleteera clavando de repente la aguja en su labor; ya es hora de tomar la leche y de recojerse: para convalecientes es velar ya demasiado.

—Yo no tengo todavía gana de beber leche, repuso Ofelia: cuando cene María y así la acompañaré.

—La señorita María tiene ya preparada su pollita asada y su dulce; con que pondré la mesa y á cenar todos.

—Rosa, la leche caliente me pone la cabeza pesada, dijo Blanca.

—Vamos, repuso la novia de Antonio el Curro: me lo pensaba ¡Ya anoche no le hicisteis muy buena cara y por eso os he preparado hoy leche de almendras!

—¡Cuánto nos mimas, Rosa! dijo María; pero, mira que gastarás mucho dinero y el que tenemos ha de durar todo lo posible!

—Bah! siempre salís con lo *mesmo*! durará lo que pueda; en acabándose, agur!

—Pero si no tenemos mas!

—Que nó? No gana Curro diez y ocho *riales*? Y yo no saco un par de pesetillas diarias? Y á mas ahora que gano por otro lado.

Las tres hermanas por un movimiento espontáneo se asieron á Rosa. Ofelia y María tomaron sus manos, Blanca la rodeó el cuello con sus brazos y todas le dieron gracias con el elocuente lenguaje de sus ojos.

—Yo probaré á bordar mañana, dijo Ofelia: ya estoy fuerte.

—Y yo tambien; añadió Blanca.

—Ea! No hay que mentarme tan siquiera el trabajo por ahora! gritó Rosa enjugando con el revés de su delantal una lágrima que habían arrancado

de sus ojos las caricias de las huérfanas. ¡Caramba! Que no han de poder parar nunca!

—Pero Rosa, ayer nos trajo la condesa la batista para el peinador y el dinero que gastamos es el que ella nos adelantó!

—Lo que es por eso no hay que pasar pena, señoritas: ese dinero no se ha tocado ni se tocará.

—Pues de qué comemos?

—¡Toma! No gana Curro diez y ocho *riales* sirviendo madera y yo ocho vendiendo flores? Además, no acabo de decir, señoritas, que ahora gano por otro lado?

—Pero Rosa...

—Vaya, vaya! exclamó la hermosa muchacha para evitar la esplosion de la gratitud de las tres jóvenes: voy á poner la mesa y mientras se cena os contaré mi nuevo negocio.

Rosa acercó una mesita, la cubrió con la ayuda de Malvina y trajo una polla asada, un poco de dulce para María y dos vasos de leche caliente y azucarada para Ofelia y Blanca.

—Esta es de almendras, dijo sirviéndosela á la última: esta tiene una yema batida, añadió presentando su vaso á Ofelia.

—Y tú, Rosa? Y Malvina y la señora Antonia qué van á cenar? preguntó Blanca.

—Yo, contestó la anciana, ya hace dos horas que despaché con Martín una buena ración de patatas con tocino: dentro de un ratito me bajaré á dormir.

—Patatas tengo yo tambien, que es lo que mas me gusta, dijo Rosa.

—Con tocino? preguntó la señora Antonia.

—No, solas: me gustan mas.

—Rosa! Rosa! Es posible que te empeñes en hacer tales sacrificios por nosotras? exclamó Ofelia con dolorosa conmoción.

—¿Qué sacrificios? el comer patatas?... señoritas, ese es mi manjar favorito; ea, la señorita María dará de su cena á Malvina que es un alfenique y yo me voy á cenar á la cocina.

La generosa muchacha entró, en efecto, en la reducida cocina que antes hemos visto tan arreglada por las limpias manos de la señora Antonia y que nada habia perdido ahora de su brillante aseo en las de Malvina y Rosa.

Las jóvenes se pusieron á tomar cada una el alimento que les habia sido destinado; mas, no bien le habian llevado á la boca, le dejaron temblando.

Llamaban á la puerta con fuertes y redoblados golpes.

—Dios mio! exclamó Ofelia juntando sus blancas manos ¿quién será?

—Yo tiemblo! murmuró Blanca estremeciéndose con el temor de nuevas persecuciones.

—Eh! No hay que asustarse, dijo Rosa saliendo de la cocina. ¡Caramba! Ahora estoy yo aquí y no es fácil que se meta en casa gente de mala intención.

Y volviéndose á la señora Antonia, añadió:

—El señor Martín estará durmiendo á pierna suelta ¿verdad?

—Sí, hija: ya sabes que hace poco se acostó abajo en la habitación de las señoritas, y él acostum-

bra á coger el sueño muy pronto.

—No hay que apurarse repito.

Y Rosa, abriendo la ventanilla que daba al tejado, gritó con un tiple fuerte y agudo:

—¿Quién es?

—Abre, Rosa, contestó una voz robusta y varonil.

—¡Toma! Si es Curro! exclamó la muchacha separándose de la ventana: y luego, apesar de su carácter animoso, palidecieron un tanto las rosas de sus mejillas y murmuró.

—¡Ay ¡Dios mio! ¿Qué habrá sucedido?

—Baja á ver lo que quiere Curro, hija; dijo la señora Antonia: ya sabes que él no es amigo de incomodar y cuando viene á esta hora....

—Anda, Rosa: exclamó María á la suplicante mirada que le dirigió la ramilletera.

Esta no aguardó á que se lo repitieran: encendió un cabo de vela, tomó la llave de la puerta y bajó corriendo la escalera.

Las jóvenes, algo tranquilizadas, continuaron cenando á instancias de la señora Antonia.

Oyéronse á poco pasos cercanos: abrióse la puerta de la boardilla y apareció Rosa con una niña pequeñita en los brazos seguida de un gallardo mozo en traje de menestral, que llevaba la luz que aquella habia bajado.

—Salú, señoritas, dijo el recién llegado quitándose su gorra, con respeto.

—Es Curro, mi novio; añadió Rosa cogiendo por la mano á su prometido y presentándole llena de orgullo; yo cuido de esta criaturita que acaba de quedarse sin madre, y como vengo aquí por las noches y me tengo que dejar á la *pobrecita* sola en mi boardilla, le tengo dicho que vaya él á ver si llora: hoy fué algo mas tarde y dice que daba tales gemidos que me la trajo, no sabiendo qué hacer para acallarla.

—Angelito! exclamó María tomándola en sus brazos: está helada!

La niña que ya habia callado fijó sus ojos pardos y hermosos en el vaso de la leche que tenia Ofelia en la mano, y tendió hácia él los bracitos gorgiendo alegremente.

La joven la tomó á su vez, y acercó la leche á los labios de la niña que bebió con avidez.

Luego se echó á reír y batió sus manecitas balanceando gozosa.

Podia tener algo mas de un año: estaba envuelta en ricas mantillas y su carita, risueña, estaba flaca y descolorida, haciendo resaltar su palidez sus grandes ojos oscuros y los sedosos cabellos que se escapaban del borde de su gorrito de encaje, con esa gracia infinita que sólo pertenece á la infancia.

—Tenia hambre! murmuró dolorosamente María.

—Nada tendrá de extraño, señorita: le di sopas al venir aquí, que fué al anoecer, y son mas de las doce; pero ¡qué caramba! yo no puedo hacer mas por esta pobre niña: hasta hoy nada me han dado por su cuidado, porque su padre está enfermo de muerte y ni siquiera sabe de su hija; sin embargo, este es el nuevo medio de ganar dinero de que yo hablaba hace poco, porque estoy segura de que,

ya se muera ó no su padre, cuando salga de ese estado, no dejarán de darme una buena gratificación.

—Y cómo has conocido tú á su padre? preguntó la señora Antonia que á fuer de mujer de experiencia, era maliciosa.

—Nada hay en ello de extraño, *señá* Antonia; exclamó Curro; y el que lo dude que se entienda conmigo ¿estamos? Esta chica tiene alquilada—con su *trabajo*, se entiende—una boardilla en una de las mejores fondas de Madrid: por las mañanitas baja con sus canastos de flores y le compran para adornar las mesas del comedor; por las noches los huéspedes de la fonda le compran tambien para regalar á las señoras en el teatro y por eso le conviene vivir en la fonda: todos la conocen y la estiman por honrada, pues no hay reputación mas limpia que la suya, no agraviando lo presente.

—Vaya!.. Y *pa* qué habia de ser mala? No gano yo ocho y hasta doce *riales* cada dia con la venta de mis flores? y á mas de eso ¿no me entregas tú enterito tu jornal? Casi todas las que son malas lo son por no tener que comer y á mí me sobra...

—Vamos á ver si me dejas acabar de contar como has conocido al padre de la niña, que no quiero que las señoritas sospechen, ni esta buena mujer tampoco; pues, como iba diciendo, en la fonda donde vive Rosa, vive tambien hace cerca de tres meses un caballero muy rico, llamado Don Fernando de Silva, vaya! pues apenas estoy yo informado! Este señor, ya muy delicado de sí, empezó á ponerse peor; luego supo la muerte de su mujer y se puso peor que peor: mandó que le tragesen su niña, que es esta, pero cuando llegó ya no conocia á nadie; echaba la sangre por la boca á caños y los médicos decian que se moria: la pobre criaturita estaba abandonada, porque la pícara fondista la entregó á las criadas que tienen alma de judíos y no le daban ni aun sopas. Rosa, que aunque tiene mal genio, tiene el mejor corazón del mundo, cansada de oirla gemir y de ver que ya hasta le faltaba la voz de pura *nesecidad* entró un dia en el cuarto donde la tenian abandonada, la cogió y se la subió á su cuarto; ya hace cuatro dias que la tiene: por las mañanas lleva á la niña y la cesta; pero por la noche la deja en casa para no incomodar á las señoritas; con que ¡ea! ahora que ya está alimentada, la cojo y me voy, que no son horas estas de que esté yo aquí charlando.

—Llevarse al pobre angelito! murmuró María: volverá á llorar cuando se vea sola y sin luz! Y luego, como herida de una idea súbita, se volvió á sus hermanas y les preguntó:

—No os parece que nos la podriamos quedar aquí?

—Sí, dijo Ofelia: quedatela, María.

—No nos cuida Rosa á nosotras? añadió Blanca; pues es muy justo que nosotras cuidemos á la niña hasta que la reclamen: entónces se la llevará Rosa.

—No te decia yo que eran buenas como unos ángeles? dijo esta á su novio muy ufana.

—Si que lo son, contestó Curro; por eso Dios no les faltará: gracias, señoritas, por la caridad que

usais con la pequeñuela Septimia y muy buenas noches: si algo ocurre, aquí está Antonio el Curro en cuerpo y alma.

Salió el honrado menestral; Rosa le alumbró y así que volvió, lavó y arregló á la niña, acostándola con María que quiso cuidarla.

Acostáronse tambien Ofelia y Blanca en sus camas cerradas con cortinas: Rosa y Malvina ocuparon un lecho estendido en medio de la habitacion que les era comun y la señora Antonia, despues de apagar la luz, cerró con cuidado y se fué á reunir con su esposo que roncaba tranquilamente en la alcoba de la habitacion de las jóvenes, que antes ocupaba María.

XXVIII.

IR POR LANA....

La Señora Antonia abrió con cuidado la puerta del *nido de palomas*, para no despertar á su esposo: colocó la luz en una de las cómodas, pues las señoras Valdés habian dejado el cuarto conforme estaba, y se puso á rezar sus devociones cómodamente sentada en el sofá.

Mas de una hora duró esta piadosa ocupacion: despues se dirigió al dormitorio en que estaba su cama nupcial, se acostó sin producir el menor ruido y se durmió en seguida, con esa tranquilidad profunda é inalterable que disfrutaban las personas sujetas á continuos trabajos corporales, y cuya conciencia está limpia de toda mancha.

De repente se oyó un rumor extraño á la parte esteriordel balcon: pareció como que afianzaban una escala y á poco un sonido leve y estridente indicó que cortaban los vidrios con un diamante.

Despertóse el zapatero; pero su mujer, que acababa de dormirse, permaneció inmóvil.

El señor Martin se incorporó con el mayor cuidado posible y asió un palo enorme que toda su vida habia colocado á la cabecera de la cama antes de acostarse, y que era la única arma que sabia manejar con todo primor.

Pronto cesó el chirrido de los critales: pasó una mano por la abertura y se oyó descender el pestillo con cautela.

Luego se abrió el balcon: á la claridad de la luna se vió á un hombre, caballero en el antepecho, quien saltó hácia dentro con la mayor destreza.

Guiado por las cortinas blancas de las alcobas se hizo cargo de su posicion y despues entornó el balcon.

El silencio y cuidado con que practicó estas varias operaciones indicaban que estaba bastante familiarizado con ellas: el señor Martin, por la cordedad de su vista, no pudo reconocer sus facciones.

Sintió, no obstante los cautelosos pasos del desconocido que se acercaba lentamente y con infinitas precauciones á la alcoba.

—Ah, infame! pensó el honrado zapatero: la hermosa señora que dispuso que las señoritas mudasen de dormitorio conocia el mundo mejor que yo; pero aquí encontrarás lo que mereces.

Entretanto que el señor Martin hacia estas reflexiones, se habia ido aproximando cada vez mas el desconocido: un penetrante perfume llegó al olfato de aquel y se dijo:

—Holal este es algun pájaro gordo!... pero no por eso se librará de mi garrote.

El anciano fué interrumpido por la voz del desconocido que habia llegado á apoyar una mano en el lecho.

—María, dijo éste por lo bajo; María!

Nadie contestó.

—Soy el marqués de la Oliva, continuó la voz; hace días que espero para hablarte á que vayas á casa de la duquesa de Rio-Claro y no has querido acudir á la cita que te dió; por eso me he arriesgado á todo y vengo á hablarte: escúchame con tranquilidad.

Un tremendo garrotazo fué la contestacion que recibió el asendereado galan; pero tuvo bastante fortaleza para no quejarse y para averiguar el enredo de que era víctima: empezó á tocar y apoyó sus manos en la áspera cara del señor Martin, quien respondió á esta caricia con otro terrible golpe.

Tampoco se quejó el marqués; y el señor Martin saltó de la cama y empezó á perseguirle á su sabor golpeándole con horrorosa destreza.

Por fin oyó el ruido de un cuerpo que se desplomaba en el suelo, y entonces encendió la luz.

Vió al marqués tendido y sin movimiento: brotaba la sangre de su cabeza y de sus piernas, lastimosamente heridas.

Nada puede dar mejor idea del silencio que presidió á aquella escena, que el sueño de la señora Antonia, la cual solo despertó al encender su marido la vela.

—Qué es esto? qué sucede? esclamó asustada.

—Mujer, respondió el señor Martin; vístete al instante que te vas á subir á la boardilla; yo voy á cerrar con llave y á dar parte de que he molido á paños á un ladron.

Al oír la palabra ladron alzó el herido su ensangrentada cabeza.

—No! no! murmuró por un desesperado esfuerzo: no, yo no soy un ladron! soy el marqués de la Oliva!

—Un marqués no escala así los balcones de las familias honradas; contestó severamente el zapatero.

—Es que yo queria ver á una jóven que vivia aquí.

—Sí, eh? pues en vez de la jóven os habeis hallado con un viejo de mal genio.

El señor Martin salió diciendo esto precedido de la señora Antonia, que subió á su antigua boardilla: el zapatero, despues de cerrar la puerta, fué á dar parte á la autoridad de cuanto habia ocurrido.

Un cuarto de hora apenas habria pasado, cuando el marqués fué conducido á su casa: dióse á conocer; confesó que solo se trataba de una intriga amorosa y que en efecto habia escalado el balcon; aseguró que el señor Martin no mentia y, como vulgarmente se dice, *se echó tierra al asunto*.

XXIX.

¡POBRE PAULINA!

Algunos días después de lo que acabo de referir, se hallaban reunidos en casa del coronel Velez el conde D.... y el príncipe de Cellemare con el dueño de la casa y el pintor que había rogado al príncipe que fuese á visitar su taller.

Eran las once de la mañana y se habían reunido para almorzar: sentados junto á una ventana del elegante aposento en que se hallaban, leían periódicos el pintor y el coronel, en tanto que algo más lejos conversaban á media voz el príncipe Cellemare y el esposo de Clotilde.

El coronel estaba pálido y decaído: ya no era aquel hermoso y arrogante joven que proclamaba en voz alta su buena fortuna con las mujeres: una triste gravedad había reemplazado á su vivaz alegría: la lectura parecía ocuparle poco porque de vez en cuando separaba su vista del periódico y quedaba profundamente abstraído.

El conde, por el contrario, parecía reanimado: había vuelto á recobrar una gran parte de su energía, y aunque la espantosa flacura, que había demacrado su cuerpo durante los días de dolor, no había desaparecido por completo, se reconocía que su sangre circulaba con nuevo vigor y nueva actividad.

—Ya por fin sois casi feliz, le decía el príncipe apretándole la mano.

—Por lo menos, amigo mío, no soy tan desdichado como antes: todos los días veo á mis hijos por espacio de una hora; y además me he convencido de que si el corazón de mi mujer no es mío, tampoco pertenece á otro.

—Decís bien: si Clotilde amase á Silva, como suponíais ¿no hubiera ido á hacerle más dulce su agonía?... ¿No la habéis visto serena, tranquila, digna y resignada?

—Es verdad, su método de vida, tan puro siempre, no se ha alterado en lo más mínimo: la dignidad de su conducta para conmigo me admira profundamente, y conozco que solo puede nacer de una conciencia completamente tranquila: no ha buscado ni ha huido con afectación mi presencia: no la he visto llorar ni gemir: cuando por la mañana entro en la habitación de mis hijos la encuentro allí y en ella permanece como diciéndome:—este es mi sitio:—mas cuando acaricio á estas criaturas permanece apacible, serena y prosigue su ocupación como si no entendiese que á ella es á quien dirijo ese mudo lenguaje.

—¿Qué queréis, amigo mío? La habéis ofendido cruelmente y por más que su decoro la aconseje no tomar las mezquinas venganzas que, por lo regular emplean todas las mujeres irritadas, su corazón debe estar profundamente lastimado de vuestra dureza.

—¡Oh! y de cuán buena voluntad la pediría yo el perdón! Pero aun dudo!...

—Es posible!

—Sí... sí! aun dudo! ¿Quién sabe si ella ama á Silva en el fondo de su alma.

—¿Quién le impedía entregarse á ese amor, puesto que se ve abandonada por el vuestro? No sería yo ciertamente quien la acusara! Así como por lo regular, la paz de la casa y de la familia dependen de la mujer, del mismo modo hay ocasiones en que el hombre la precipita en el abismo de la desesperación: creedme, amigo mío, prosiguió Cellemare con aquella dulce y penetrante voz, que era uno de sus mayores encantos: creedme; abrid de nuevo los brazos á vuestra esposa y sereis feliz, porque ella jamás ha dejado de ser digna de vuestro amor.

—Dejadme aun esperar... ¿quién sabe?

—Como gustéis; mas me duele que vuestro orgullo y vuestra irresolución os impidan ser feliz cuanto antes; pero mirad á Eduardo! Qué semblante tan contraído! Debe padecer alguna pena muy profunda!

—Sí, por cierto; son también penas de amor: nos hemos encontrado en competencia con una joven y en poco estuvo que aquel día nos separásemos enemigos para siempre.

—Se habrá enamorado seriamente?

—Sí, muy seriamente; y sabéis de quién? De una paloma de las de aquel hermoso nido donde también habéis estado alguna vez.

Palideció densamente el príncipe y luego preguntó con voz insegura.

—¿De cual de ellas?

—De la más joven; y debo decir en honor de la verdad que, si sus hermanas se le parecen, son tres ángeles de pureza: estoy seguro de que solo ese miserable marqués es quien las ha difamado: y apropiado ¿hace mucho que no las habéis visto?

—Ya hace días.

—No podeis suponer la horrible suerte que le ha deparado el cielo: yo no sé en qué lance se ha quebrado las dos piernas...

—¿Qué decís?

—Sí, sí, ha habido necesidad de amputárselas.

—Es posible!

—Pero no es esto lo más horrible; sino que su violenta desesperación le ha hecho perder el juicio.

—¿Con que está loco?

—Para siempre: el cielo ha tomado á su cargo la venganza que yo le juré en la noche de su desafío con vos. Ah! prosiguió el conde estrechando la mano de Honorio: cuando recuerdo vuestra conducta en aquella ocasión no sé de qué modo debo admiraros.

—Señores, esto es horrible! exclamó de súbito el coronel mostrando un periódico que tenía en la mano; sí, verdaderamente horrible!

—¿Qué es?

—Dice este periódico que la locura del marqués de la Oliva es horrorosa: se le figura que siempre le están apaleando y que es de noche y está á oscuras y corre como un desesperado.

—¡Desgraciado! murmuró el conde ¡bien castigado está sin que yo le persiga.

—No me admira lo que le sucede, dijo Cellemare: él fiaba su orgullo todo en su belleza y en su talento: dotado funestamente de una hipocresía refinada,

da, el culto de sí mismo era su única religion: así nada puede consolarle en infortunio tan acerbo, porque su orgullo no le permite creer en la Providencia, ni adorarla, y su talento solo ha contribuido ahora á amargar su aciaga suerte quitándole la razon.

La puerta se abrió en este momento y un criado se presentó.

—Ha llegado una persona, dijo, que desea hablar al señor coronel.

Este se levantó y despues de haber pedido permiso á sus convidados, siguió al criado.

—Sabeis que me caso? dijo el príncipe al conde D....

—De veras? Buena falta os hace porque vegetais en la mas completa soledad. Y puedo saber con quién?

—Sí; mas preguntádselo á vuestra esposa, pues ella conoce á la mujer á cuya mano aspiro.

Entretanto el coronel habia entrado en una habitacion apartada en la cual se hallaba una mujer, cuya cabeza y facciones ocultaba un velo muy espeso.

No bien vió al coronel se lanzó hácia él y descubrió su rostro.

—Paulina! exclamó sorprendido el coronel.

—Es un milagro que me hayais reconocido! dijo ella con amarga sonrisa: ¿no os parece que la cárcel y el hambre han hecho espantosos estragos en mi semblante.

En efecto: la infeliz estaba pálida y enflaquecida: componia su traje un vestido de lana negro muy viejo y una mantilla en tan deplorable estado como aquel.

—¿Qué buscáis aquí, Paulina? preguntó el coronel visiblemente contrariado: decidlo pronto porque tengo gente y....

—¿Qué busco?... interrumpió ella con vehemencia: busco, en primer lugar, tu amor; y luego pan, porque no tengo casa ni dinero.

—¿Y la casa que yo te hice amueblar?

—Debia mas de lo que valian los muebles y se los han llevado todos, arrendando el cuarto á otro inquilino.

—Toma, dijo el coronel, sin meterse en mas investigaciones; y sacando su bolsillo lo presentó á Paulina.

Mas esta retrocedió dos pasos.

—No quiero dinero solo; dijo con cierta nobleza.

—¿Qué mas quieres? Acaba de una vez.

—Quiero tu amor.

—Déjate de locuras, Paulina; contestó el coronel, cuya impaciencia iba haciéndose cada vez mas visible: lo pasado no existe ya: olvídalos como yo.

—Es decir que me abandonas?

—Te daré ahora cuanto necesites para remediar las pérdidas que has sufrido, pero despues no cuentes mas conmigo: mi regimiento sale de Madrid.

—Te seguiré.

Te repito Paulina que no pienses en locuras.

—Luego amas á otra mujer?

—Sí.

—Vale mas que yo?

—Voy á casarme con ella.

—A casarte?

—Sí.

—¿Es con aquella jóven que el conde D.... hizo venir engañada á mi casa?

—Sí.

Paulina rechazó con el pie el bolsillo de Eduardo, que éste habia dejado caer, y arregló de nuevo los pliegues de su mantilla dirigiéndose á la puerta; mas se detuvo en ella como si le faltaran las fuerzas y volvió hácia el coronel.

—Eduardo, dijo con acento suplicante; no te cases.... no des tu vida y tu corazon á otra mujer.... no por eso te pido yo que te cases conmigo; oh! no!.... Aunque tú quisieras, jamás consentiria yo que unieras tu nombre al mio.... pero, al menos, permanece libre.... yo seré tu esclava.... te seguiré á donde quieras y nunca me separaré de tu lado!

La miserable, al pronunciar estas palabras, se dejó caer de rodillas á los pies del coronel; mas éste se apartó de ella.

—Paulina, dijo; el hombre solo se casa con una mujer á quien ama sobre todas las demás mujeres; y vos, que sois mujer, conoceréis que no cabe en el corazon mas que un amor: así, pues, debeis comprender que desde el instante en que empecé á querer á otra, todo ha concluido entre nosotros.

—Me quitais, pues, toda esperanza?

—Por qué habia de engañaros? os daré ahora cuanto dinero os haga falta y muy pronto me olvidareis.

—No me quereis siquiera para criada vuestra?

—No podeis vivir bajo el mismo techo que mi esposa.

—Es verdad; mi presencia la mancharia; repuso la viuda del torero levantándose con la energía de la desesperacion.

Acercóse á la puerta con paso firme, y desde allí se volvió para dirigir al coronel esta sola palabra:

—Adios!

Eduardo la dejó salir sin tratar de detenerla, y despues volvió al lado de sus amigos.

—El almuerzo espera á los señores; dijo un lacayo abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

El coronel y sus convidados pasaron al comedor; y aunque durante algunos instantes vió el coronel ante sus ojos la sombría figura de Paulina, no tardó en desaparecer para dar lugar á la radiante imagen de Blanca.

XXX.

LA DEMANDA.

A las tres de la tarde terminó el almuerzo: el príncipe de Cellemare, al salir de casa del coronel, hizo que su cóchero le condujese á las hermosas arboledas del Retiro: apeóse allí y pasó durante algun tiempo sumergido en profundas reflexiones.

Luego volvió á subir al carruaje y dijo al cochero:

—A casa del conde D....

Pocos instantes despues era conducido á la habitacion de Clotilde.

Era una hermosa tarde de Marzo: el aire templado y embalsamado por los perfumes de las muchas violetas que adornaban el aposento de la condesa, parecia trasmitir á los sentidos una dulce embriaguez.

Clotilde se hallaba en su saloncito de labor: vestia un traje de seda de color gris perla, que dejaba ver los graciosos contornos de su cuello y de una parte de su espalda por su cuadrado escote.

No tenia mas adorno en la cabeza que las hermosas trenzas de sus cabellos oscuros, prendidas con largos alfileres de oro.

La habitacion, en que se hallaba, formaba la mas perfecta armonia con su seductora figura: las paredes, cubiertas de una tela de seda blanca con flores azules, como la silleria y las cortinas, la imprimian un carácter encantador de frescura: grandes maceteros de porcelana blanca con flores azules contenian enormes ramilletes de violetas, resedá y geranio; y en una jaula de márfil y plata cantaba un lindo y diminuto canario.

La condesa trabajaba en una labor de tapiceria: un veladorcito de marfil, colocado delante de ella, contenia una caja de concha llena de estambres y un libro.

A sus piés y sobre la alfombra jugaban sus hijos vestidos de blanco.

Quedóse el príncipe inmóvil á la puerta, contemplando este cuadro encantador y fué menester que Clotilde le llamase para sacarle de su arrobamiento.

—En qué pensais, príncipe? preguntó Clotilde sonriéndose, en tanto que los dos niños encaminaban sus vacilantes pasos hácia Cellemare como si adivinasen que era un amigo.

—Pienso, señora, en admirar el hermoso cuadro que me ofrecéis vos y vuestros hijos; contestó el príncipe tomando á los dos niños de la mano.

Clotilde suspiró sin contestar nada y señaló un asiento á Cellemare.

—Comprendo lo que ese suspiro significa, continuó este: quiere decir, hay un hombre á quien este cuadro debia halagar mas que á nadie y huye de él!

—Es verdad! murmuró Clotilde con tristeza.

—Sin embargo, señora, ese hombre va sintiendo ya la falta de vuestro amor y no tardará mucho en rogaros que se lo devolvais.

Clotilde guardó silencio y el príncipe continuó:

—Esperemos á que el iluso vuelva á una realidad demasiado dulce para que no procure conservarla en adelante y hablemos de mí, condesa.

—De vos? repuso Clotilde admirada.

—De mí, sí; ya conocéis mi vida; necesito crear-me una casa y una familia como vos misma me lo habeis tantas veces aconsejado, y voy á casarme.

—Oh! Qué bien hareis, príncipe! Mientras no tengais una esposa, siempre estareis solo en el mundo.

—Vengo, pues, á rogaros, condesa, continuó el príncipe, que pidais para mí la mano de la mujer á quien amo: la mano de Ofelia de Valdés.

—Cómo! será posible! ¿quereis casaros con la señorita Valdés, siendo su nacimiento inferior al vuestro?

—Qué me importa su cuna? Hará unos dos meses que dije á vuestro esposo que juraba unirme á la mujer que se pareciese á mi madre, fuese pobre ó rica, noble ó plebeya; pues bien, condesa, Ofelia es el retrato perfecto en virtudes y en belleza de mi santa madre; ¿quereis que ella querrá concederme su mano?

—Ah! sí, sí por cierto! lo creo: exclamó Clotilde con enternecimiento; aun digo mas, estoy segura de ello.

—Yo no, repuso Cellemare; yo la creo con demasiado noble orgullo para dar su mano á un hombre á quien no conoce mas que bajo un aspecto poco favorable y á quien no ha visto mas que una sola vez en su vida; pero únicamente la ruego por mediacion vuestra, que me consienta verla todos los dias hasta probarle mi amor.

—Pero, príncipe, repuso Clotilde confusa; vos no sabeis que para reprimir las demasías que, perdida su fama, podia acarrearles la maledicencia del marqués de la Oliva, me he visto obligada á ponerlas bajo la proteccion de un anciano zapatero, vecino suyo y de su mujer. Ah! cuán arrepentida estoy de no haber seguido mi primera intencion trayéndolas á mi casa!

—Esas jóvenes son tan orgullosas que no hubieran consentido en abandonar la suya, aunque fuere mas miserable de lo que es: en cuanto á mí, ¿qué me importa tener que ir á ver á Ofelia á la infeliz boardilla del anciano zapatero? Ella embelee todo cuanto la rodea.

—Ah! ¡cuán bueno y generoso sois! exclamó la condesa: no podeis menos de ser feliz! Vuestra eleccion os hace justicia á vos y á la que os inspira ese amor tan noble, pues ambos sois los seres mas superiores que he conocido sobre la tierra.

La condesa al acabar de decir estas palabras tiró del cordon de la campanilla.

—Un sombrero y una manteleta, dijo á la doncella que se presentó. Voy á cumplir vuestro deseo ahora mismo, añadió dirigiéndose á Honorio; quedaos aquí esperando á mi marido que no puede tardar en venir.

—Plegue á Dios, condesa, que pueda yo recomendaros lo que os voy á deber haciendo algo por vuestra felicidad.

El príncipe besó con entusiasta reconocimiento la mano de Clotilde; y esta viendo entrar á su doncella con las prendas que le habia mandado traer, enlazó su sombrero delante del espejo, prendió su manteleta y salió despues de besar tiernamente á sus hijos.

(Se continuará.)

RECUERDOS HISTORICOS.

LA VIRGEN DE SANCHE ABARCA

POR

D.^a FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONCLUSION)

—Oidme, dijo entonces el anciano procurando traer á su mente algunos recuerdos. Sabeis que la madre del monarca Fortun, nuestra malograda y querida reina D.^a Urraca, fué tan virtuosa como esforzada y tan digna como poco feliz. Un día trató el bárbaro sarraceno de entrar á saco en nuestros campos y en nuestras villas; y el nunca desmentido valor de los vascos y navarros, estuvo á punto de vacilar bajo el peso de tan furiosa acometida. Todo era espanto y desolacion y luto en nuestras comarcas, cuando una mujer de varonil esfuerzo se puso un casco sobre su cabeza, blandió el acero entre sus manos blancas y suaves, y poniéndose al frente de sus soldados, salió como la mas valiente amazona al encuentro de sus enemigos, con el deseo de vengar la muerte de su esposo y de librar á su patria de las torpes agresiones de aquellos vándalos. ¿Y sabeis vosotros quién era aquella heroica mujer? ¿Sabeis su estado y la suerte que su estrella le deparaba? Era una mujer jóven todavía y hermosa como pocas; era una señora de soberana estirpe, que estaba en cinta y pronta á dar á luz un infante; era en fin la dulce, la sin par D.^a Urraca de quien antes os hablé; la madre de Fortun que hoy nos deja y que murió herida en el vientre en medio de aquella sangrienta refriega, dando su vida por daros la independencia.

El Abad, trató de tomar aliento un instante durante el cual se hubiera podido percibir el aleteo de una mosca. Luego continuó:

—Veo lágrimas en vuestros ojos y creo que llorais por aquella pobre mártir; pero vosotros no sabeis que en este recinto, en este mismo salon, hay un hombre que dentro de su corazon debe estar llorando copiosas lágrimas de sangre. Ese hombre era como vosotros un noble de Navarra, un defensor de nuestra fé, un valiente guerrero que vió espirar á D.^a Urraca; que vió por decirlo de una vez, realizarse un prodigio durante aquellos aciagos momentos de suprema agonía. La reina cayó en tierra bañada en su propia sangre, despidiéndose de la vida y deseando tornar al seno de Dios y de su esposo; pero antes debió sentir que su cuerpo se conmovia, que su seno se agitaba y que á los dolores de sus espantosas heridas, se agregaban los dolores de un parto. El prodigio, el verdadero milagro empezaba á tener cumplida realizacion, y aquella mujer casta, que no habia conocido mas varon que su esposo, que nunca faltó á los deberes de mujer honrada, se puso en manos del fiel y valeroso guerrero que estaba en su compañía y exclamó dirigiéndose á él:

JUNIO.

—"Voy á tener un hijo; sálvalo, edúcalo si puedes; pero nunca le digas quien fué su madre ni cual su régia estirpe. Líbralo por Dios, de la vida de rey con los azares que lleva consigo." Dijo, y su alma voló á las regiones del empíreo; su cuerpo cayó inerte sobre la tierra, y un instante despues, un guerrero abandonaba fugitivo el campamento, llevando en sus brazos un niño recién nacido hermoso y robusto. Un día despues el abad del monasterio de Leire, que en este momento os dirige la palabra, le bautizó poniéndole un solo nombre; el nombre de aquel que le habia salvado y que debía servirle de padre durante su vida. Aquel niño existe; se ha hecho hombre y podreis verle cuando gusteis. (1)

Diciendo esto el abad, todos los que le escuchaban se pusieron en pié tumultuosamente y le pidieron con entusiasmo al nuevo heredero de sus reyes. El prelado se levantó entónces y con la dignidad que le prestaban sus años y encumbrada posicion, cruzó á través de los apiñados grupos y les mostró á los dos pastores que habian permanecido junto á la puerta.

—Venid, noble y valiente Sancho de Guevara; exclamó dirigiéndose al mas anciano, venid y contad á los representantes del reino cómo y de qué manera os habeis oscurecido hasta el punto de convertirlos en guardian de un miserable rebaño de ovejas tan solo por cumplir la última voluntad de D.^a Urraca; y vos, jóven Sancho, venid tambien á recibir los homenajes que de hoy mas os tributará todo un reino; venid y mostrad en el trono que seáis el fiel cumplidor de nuestras leyes y el heredero legítimo de las grandezas de vuestros ascendientes.

Sancho, que en el primer momento se puso desamente pálido, al escuchar aquellas inesperadas revelaciones, fué saludado por todos con muestras del mayor regocijo y paseado en triunfo por la ciudad, en cuyos ámbitos resonaba una sola aclamacion.

—¡Viva el rey Sancho! ¡viva el rey Sancho!

Y como aquel rey, apesar de ser mozo de hermosa y bizarra presencia, fuese vestido con un tosco traje de pieles; un mal sombrero y unas pobres albarcas, no faltaron algunas personas que, llevadas de un entusiasmo que rayaba en delirio, añadiese al nombre de Sancho el del calzado que llevaba puesto. De este modo circuló de boca en boca y se ha perpetuado en la historia el nombre de *Sancho Abarca*.

(1) "Muerto el rey Garcí Iñiguez, dicen sucedió lo mismo á su mujer D.^a Urraca que estaba preñada.

"Concuerdan, empero, en que un caballero, por nombre Sancho de Guevara, como sobreviviese y mirase lo que pasara, vió al infante que sacaba el brazo por una de las heridas de la madre que muerta quedó: acordó de abrir el vientre de la madre y sacar de él al niño: crióle secretamente en su casa hasta tanto que tuvo buena edad, le trajo á las córtes y le proclamaron por rey, atribuyendo su existencia á un milagro del cielo.

(MARIANA; historia general de España.)

39

Aquel mismo día el rey Fortun firmó su abdicación y Sancho Abarca fué proclamado. Sus sueños se habían convertido en una realidad.

Mas como aquellos sueños de ambición y de gloria solo habían tenido por norte el amor que á Tenda profesara y el cariño que siempre le inspiró su padre adoptivo, el primer pensamiento que tuvo Sancho, fué hacer comparecer á su presencia al viejo Guevara que llegó hasta él un tanto confuso y amilanado.

—¿Qué tienes? ¿por qué te turbas? preguntó el joven monarca haciéndole levantar y estrechándole amorosamente entre sus brazos. ¿No fuiste tú por ventura mi mas constante amigo y noble protector? ¿No me salvaste la vida?

—Es cierto, señor, respondió el viejo un poco mas animado; pero tambien es verdad que os retuve lejos del mundo, en el fondo de las Bárdenas.....

—Tienes razon; pero tú me has hecho conocer que un rey no es de distinta condicion que los demás hombres; me has dado lecciones que no olvidaré nunca, y me has proporcionado un valor y unas fuerzas que de seguro no hubiera tenido, si me hubiesen criado en la corte; en una palabra, tú no has hecho mas que sacrificarte por mí, cumpliendo la última voluntad de mi infortunada madre. ¿No fué ella, la que te ordenó que me criases de la manera que lo has hecho?

—Sí; ella fué como reina muy desgraciada y quiso evitar que vos lo fuérais tambien.

—Pobre madre mia! yo juro honrar su memoria en cuanto me sea posible; y respecto á tí serás el mas alto personaje del reino, porque yo seré siempre tu hijo; tú vendrás á compartir mis penas ó mis alegrías y á ser como lo fuiste mi mas amado compañero.

Guevara vertió una lágrima que rodó lentamente por su arrugada megilla.

—Perdon, señor, respondió con muestras de respeto, pero con bastante decision; hace veinte años que no he dejado un solo día de asistir al magnífico espectáculo de la salida del sol alumbrando una naturaleza agreste y sombría, que reúne para mí apesar de todo, los mas tiernos y queridos recuerdos: allí en medio de las Bárdenas, os he visto jugar cuando niño y crecer poco á poco lo mismo que aquellos árboles y aquellos arbustos que rodean nuestra choza, he tomado cariño á las inocentes ovejas que tal vez á estas horas nos echan de menos; tengo allí amigos que nunca me han hecho traiciones y habia jurado morir en aquel pequeño rincón ignorado de todo el mundo. Mandadme vivir en medio de este bullicio y no me apartaré de vos; pero pronto dejaré de existir.

—Tienes razon, dijo Sancho, volviendo á estrecharle contra su seno; la ambición que á mí me dominaba en otro tiempo y que todavía me avasalla, no tiene ya para tí atractivos de ninguna especie; vuélvete á las Bárdenas donde iré yo á visitarte tan á menudo como me sea posible. La choza en que vivíamos quedará en pie si tal es tu gusto; pero es mi voluntad que al lado de ella se construya

un castillo que lleve tu nombre (1) y en el cual pueda vivir con mas comodidad aquel á quien yo he de dar siempre con orgullo el título de padre. Vete Guevara; pero antes de volver á saludar aquellos sitios en que hemos pasado nuestra vida, es necesario que cumplas lo que voy á ordenarte. ¿Te acuerdas de la princesa Tenda? yo la amé desde que la ví y mi amor no se extinguirá sino con mi vida: ve á Jaca y pídelas en mi nombre. Ella me juró no ser de nadie sino mia, y el corazon me dice que habrá sido fiel á sus juramentos. Ve á Jaca y sé el mediador de mi completa felicidad, pero cuando vuelvas quiero que lo seas tambien del respeto y ciega idolatría que debo á la memoria de mi madre. Nadie sabe mejor que tú el sitio en que ella murió, y en donde yo nací: allí se obró un milagro, como ha dicho muy bien el venerable abad del monasterio de Leire, y es preciso que nosotros enaltezcamos á Dios y demos gracias á la Virgen Santísima, por cuya mediación debo existir en el mundo: erige allí un templo, consagrado á la madre del Salvador, y ponle por título y advocación un nombre que revele tres cosas á la vez: la grandeza de su misericordia, la fé grande que tendré siempre en su augusta proteccion y la pequenez en que he vivido antes de ser lo que soy.

—Os comprendo, dijo Sancho Guevara preparándose á partir; el templo será edificado como deseais y la imagen de la madre de Dios acatada y bendecida bajo la advocación de *La Virgen de Sancho Abarca*.

CONCLUSION.

Sancho Abarca se casó con la princesa Tenda, y fué un rey muy afortunado. Ganó muchas batallas y ensancho considerablemente sus estados. Por eso dice Mariana: "Nunca Navarra tuvo mejor rey."

Edificó la iglesia, cuyo nombre sirve de epigrafe á este escrito y dicen que, antes de concluirla se apareció la Virgen en el sitio donde está el altar mayor de la ermita. Esta se halla situada cerca de la pintoresca y rica villa de Tauste, perteneciente en la actualidad á la provincia de Zaragoza, de cuya capital dista diez ó doce leguas. En tiempo del feudalismo y aun mucho despues, recibian hospitalidad gratis en la Virgen de Sancho Abarca, todos los peregrinos y devotos que iban á ella en romería ó tenian precision de hacer noche en sus inmediaciones.

En la última guerra civil estuvo cerrado aquel santuario por espacio de algunos años; pero con posterioridad se solicitó y se obtuvo de S. M. la Reina, una real orden para volver abrir nuevamente el santuario al culto divino, á cuyo efecto se hicieron en él algunas reparaciones, y se trasladó la imagen desde la iglesia de Tauste en donde anteriormente estaba depositada, á su verdadero lugar, es decir, al sitio donde dicen se apareció.

Predicó el sermón de apertura el distinguido

(1) Este castillo existe todavía.

orador Don Simon Ayesa abad de Novillas y vocal de la órden de San Juan de Jerusalem de la lengua aragonesa, y fué tanto lo que conmovió al numeroso auditorio, que al cabo de tantos años escuchaba de nuevo en aquel sagrado recinto la palabra del Señor, que por espacio de un largo rato, mas de tres mil voces á un tiempo dejaron escapar un ¡viva la Virgen!! que repitieron los ecos de la montaña sobre la cual está situada la ermita.

Hoy día se venera con casi mas fé que nunca, por los naturales de toda la comarca, la milagrosa imagen de aquella bendita Virgen, que se ha conservado á través de tantos siglos y á pesar de las grandes conmociones de que ha sido teatro aquel país.

FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

UN VIAJE REDONDO.

(CONTINUACION.)

II.

ZARPA CASIMIRO DE LA CONCHA PATERNA Y CORRE
Á TODO TRAPO Á LA CAZA DE LA FORTUNA.

El sol principiaba á dorar las elevadas crestas de las montañas que limitan por uno y otro lado el estrecho valle del Aller, y que siguen la tortuosa corriente de este río hasta su confluencia con el Nalon, formando un caprichoso laberinto.

Era una hermosa mañana de mayo, y cuatro días despues de la escena que acabamos de describir, y que tan tristemente habia terminado.

Contra lo que de ordinario sucede en aquel hermoso país, el valle no se hallaba cubierto de las espesas nieblas que á manera de toldo interceptan los rayos solares, hasta que el astro del día ha recorrido por lo menos la cuarta parte de su diurna carrera, y que vistas desde las cumbres de los montes vecinos, representan un tranquilo y dilatado golfo de cuyas superficies se destacan, á manera de islas pintorescas y frondosas, las crestas de las montañas cubiertas de hayas gigantescas, que los rayos del sol iluminan produciendo en sus hojas cubiertas de rocío vivísimos cambiantes.

El día se habia presentado claro y sereno desde la aurora; y los mirlos y jilgueros que tanto abundan en aquella comarca, saltaban alegres de rama en rama, llenando el aire con sus melodiosos trinos.

Era el día señalado para la marcha de Casimiro; porque el piloto del bergantin *Pelayo* estaba haciendo falta á bordo, y no podia detenerse un solo día mas en Cabañiquinta.

Eloisa, la niña encantadora que dejamos desmayada en el artículo anterior, no habia podido conciliar el sueño en toda la noche, y cansada de dar vueltas en la cama la habia abandonado muy de madrugada para respirar, en el pequeño jardín que

circundaba la casa de su tío, el aire puro de la mañana, embalsamado por las flores.

La aureola que cercaba sus hermosos ojos azules, en los cuales se vislumbraba una intensa aunque resignada melancolía, estaba encendida. Hacía cuatro días que aquella sensible y cariñosa criatura no cesaba de llorar.

En la niñez, dicen algunos, las sensaciones, por intensas y desagradables que sean, pasan pronto, sin dejar en pos de sí mas que un confuso recuerdo. Esto no siempre es exacto.

Hay niños en los cuales la sensibilidad y la inteligencia se desarrollan prodigiosamente antes de lo regular, y mas si han apurado desde la aurora de la vida la hiel de la desgracia: si se han visto privados en sus primeros años de los tiernos halagos de una madre; si han carecido de hermanos que les acompañasen en sus juegos infantiles.

¿Quién es capaz de calcular la influencia que ejercen la soledad y la desgracia sobre el corazón de un niño nacido para el amor y la ternura?

Eloisa recorrió una tras otra todas las calles de su jardín; se detuvo delante de cada una de las macetas de flores acariciando á estas y mezclando á las perlas de rocío que las esmaltaban, algunas lágrimas que se escapaban de sus hermosos ojos.

Al llegar á un pequeño cenador, formado de cañas y cubierto de enredaderas, madreselvas y menudas rosas de Alejandría, se detuvo un momento ante una planta de pensamientos; cogió el que le parecia mas hermoso, lo cubrió de besos, lo colocó en su seno, y se dejó caer angustiada sobre un asiento rústico oculto tras el follaje, mientras que sus ojos, arrasados de lágrimas, se fijaban con tenacidad en la ventana de una casa vecina.

¡Cuán hechicera estaba entonces aquella tierna y sensible criatura! ¡Cómo realizaba los encantos de su rostro angelical la tristeza en que parecia abismada!...

Blanca como el alabastro, los luengos y sedosos rizos de sus dorados cabellos caían en desorden cubriendo y acariciando blandamente sus torneados hombros, su nacarado é hiniesto cuello y sus hermosas espaldas.

Un vestido azul celeste sembrado de menudas flores blancas cubria su cuerpo esbelto, ligero y primorosamente formado, dejando descubiertos unos piés diminutos, y sobre cuya falda descansaban sus pequeñas y blanquísimas manos jugando con un pañuelo, que aplicaba muy á menudo á los ojos.

Si hubiéseis llegado en aquel momento al cenador, hubiérais tomado á Eloisa por una estatua de Calipso.

¿Y por qué aquella inocente niña se entregaba á tan honda tristeza y contemplaba sus flores con tan notable melancolía?

¡Por qué!

Porque Casimiro la acompañaba á regar todos los días aquellas flores, á escardar las plantas, á cuidar de que en las calles del jardín, arenadas por él, no hubiese una sola yerba; y Casimiro debia marchar dentro de una hora; iba á dejarla sola y á olvidarla quizás.

¿Qué extraño es que la pobre huérfana, acostumbrada á verle casi á todas horas, á referirle sus cuitas y sus pesares, y á tratarle en fin como á un hermano, se entristeciese y llorase ante la soledad que la esperaba?

La ventana en que tenia fijas sus miradas se abrió al poco rato y apareció en ella Casimiro. Sus ojos se encontraron con los de Eloisa; permaneció un instante contemplándola; depositó en sus dedos un beso que mandó por los aires á la niña, y desapareció.

Cinco minutos despues se hallaba en el jardin, sentado junto á Eloisa y llorando con ella.

¿Se amaban ya?

Si hubiéseis dirigido esta pregunta á Catalina y al párroco de Cabañaquinta, la primera os contestaría—quizás—al paso que el segundo se habria reído de lo que llamaria vuestra simpleza. Pero en cuestion de amores entre el parecer de una mujer sensible y jóven aun, y el de un hombre que arrastrado por su vocacion religiosa, se habia consagrado á la Iglesia desde sus primeros años, optamos por el de aquella.

Y si bien no es probable que los tiernos corazones de aquellos dos niños encerrasen un amor completamente desarrollado, habia caído en ellos la semilla, y principiaba á germinar de una manera sensible.

Tras unos instantes de expresivo silencio, Eloisa tomó de su seno el pensamiento que acababa de coger, y se le entregó á Casimiro. Este, despues de cubrirla de besos y de guardarlo en un librito de oraciones que su buena madre le habia comprado el dia anterior, se acercó á un rosal, cortó de él una rosa blanca cuyo capullo no se habia abierto aun enteramente, y la prendió en la cabeza de Eloisa.

Si aquellos dos huérfanos, entre los cuales se interpondria dentro de pocos dias la inmensidad del Océano Atlántico, tuviesen seis años mas, se hubiera creído que al coger aquellas flores para su último regalo, se habian querido decir, ella—no me olvides;—y él—que te encuentre pura á mi vuelta. —Pero en su edad; y criados en una aldea en que las pasiones se desarrollan, por causas harto fáciles de comprender, con mas lentitud que en las ciudades populosas, debemos suponer que en la eleccion solo la casualidad ó el instinto habian intervenido.

Pumarino, que habia seguido de cerca á su sobrino, contemplaba oculto tras un corpulento manzano aquella tiernísima escena.

—¡Voto á los penoles del *Pelayo*!—exclamó frotándose alegremente las manos y sonriendo de placer.—Hé aquí dos hermosos cascos que parecen contruidos para formar un solo buque, como los vapores que surcan el Misisipí. Lástima que el mio tenga que zarpar y correr en vuelta de afuera por espacio de algunos años. ¡Cuántas borrascas habrán de aguantar sus tiernos corazones antes que vuelvan á fondear juntos! ¡Y si fondeáran al fin!... pero sí, sí; Dios es bueno, y Dios los protegerá.

Y abandonó su escondite para salir al encuentro de Catalina que se acercaba al jardin, y en cuyo

semblante se notaban las huellas de lo mucho que sufría al separarse de su hijo.

El párroco salió en aquel momento de su casa, y los tres se dirigieron al cenador. Al verlos Eloisa se limpió cuidadosamente los ojos y entregó su pañuelo á Casimiro.

—Que tu pobre madre no conozca que hemos llorado, le dijo la sensible niña.

Seguido este consejo, que encerraba un mundo de delicadísima ternura, los dos salieron al encuentro de Catalina; se colocaron uno á cada lado, le tomaron ambas manos, y seguidos á corta distancia por el eclesiástico y el piloto que contemplaban con emocion aquel interesante grupo, se dirigieron á la iglesia.

La santa religion del Crucificado encierra, para el que sufre, un tesoro inagotable de inefables consuelos.

El tio de Eloisa dijo una misa dedicada á la Virgen del Buen Suceso, que el resto de la comitiva oyó con religioso fervor.

Un momento antes de concluirse, Pumarino se levantó cautelosamente; tocó al niño en el hombro con su baston, y le hizo señas para que le siguiese en silencio.

—¡Casimiro!—le dijo en cuanto llegaron á la puerta del templo,—si tu afligida madre se halla presente cuando levemos el ancla, vamos á pasar todos, y ella en particular, un rato malísimo, y á mí, francamente, no me gusta correr esta clase de temporales.

—¿Y hemos de marchar sin decirle adios, sin darle un abrazo?—le preguntó su sobrino mirándole asombrado.

—El señor cura tiene conocimiento de mi determinacion; la detendrá un momento en la sacristía, la irá preparando por el camino cuando salgan de la iglesia, y en llegando á casa la dirá adios por nosotros. Y respecto al abrazo,—añadió el piloto mirando con intencion á su sobrino,—Eloisa cuidará de dárselo en tu nombre, y de consolarla con la tierna solicitud de una buena hija.

El niño se ruborizó y dirigió la vista al suelo.

—El tiempo te irá enseñando, hijo mio,—continuó el piloto,—que en las despedidas que se presentan con cariz de patéticas, la mejor de las maniobras es dar la popa al chubasco, antes que llegue á descargar, escurriéndose á la sordina. A la puerta de casa nos esperan los caballos, montamos en ellos, forzamos de vela, navegando á todo trapo hasta montar el primer cabo del camino, y yo te aseguro que á la media hora de viaje has de almorzar con mejor apetito y mas contento que si te hubieses despedido de tu madre.

El piloto del *Pelayo* dió el ejemplo á su sobrino acelerando el paso, y diez minutos despues sus sendos caballos seguian á todo escape la corriente del Aller en direccion á Mieres del Camino.

—¡Top! ¡top!—gritaba Pumarino cuando se creyó bastante lejos del pueblo, esforzándose, aunque inútilmente, por detener á su caballo.

Pero el animal, que no debia estar muy familiarizado con aquel término marítimo, que sentía el

acicate clavado cada vez con mayor violencia en sus ijares, aceleraba rápidamente su marcha, mientras que el piloto del *Pelayo*, tendido sobre la silla, fuertemente cogido á la crin con ambas manos y fuera ya los piés de los estribos, luchaba por amornar el impulso de las sacudidas y por guardar un equilibrio que iba perdiendo por instantes.

Los marineros son, por regla general, unos jinetes detestables, y hasta presentan á caballo una figura risiblemente ridícula.

—Afortunadamente para nuestro hombre, su sobrino, que advirtió con tiempo el peligro, echó su caballo á todo escape por un atajo, y á los pocos segundos se interpuso al de Pumarino, que se detuvo por fin, dando lugar á que el criado que los seguía, saltando como un gamo de breña en breña, le sujetase de la brida.

Y ya era tiempo por cierto.

El piloto del *Pelayo*, sudando á mares y sin poder apenas respirar de miedo y de cansancio, colgaba ya por un lado hasta muy cerca del suelo.

—¡Uf!—exclamaba dejándose caer sobre la yerba que crecía á orillas del camino,—no quiero buques que se gobiernen por la proa. ¡Maldito animal!... Si no llegais tan á tiempo, me arroja al agua como madera de respeto por el costado de babor, y ¡por S. Telmo! que no hubieran sido cortas las averías. Pero al fin,—añadió tranquilizándose y limpiando el copioso sudor que corría por su frente;—ya hemos tomado puerto seguro; ya estamos en salvo.

—Si no hubiérais picado tanto el caballo...

—¡Voto á mil borrascas! ¿No comprendes, hijo mío, que era preciso correr á un descuartelar hasta perder de vista á Cabañaquinta, aun á trueque de embarrancar en la costa? Ahora que tu pobre madre no puede vernos, por mucho que alargue el catalejo, demos fondo por un rato en esta concha, que nos ofrece un seguro y magnífico tenedero, y echemos á bordo algunos quintales de lastre, porque siento la bodega enteramente vacía.

El criado del cura que los acompañaba para volverse con los caballos, y que estaba acostumbrado al lenguaje especial de Pumarino, sacó de las alforjas una fiambarrera que la buena Catalina había cuidado de llenar de viandas suculentas, una bota repleta de excelente vino blanco de la Nava, regalo que les había hecho el tío de Eloisa, y un pan que estaba caliente aun, y que pesaba por lo menos ocho libras.

Casimiro ató los caballos á un castaño, se sentaron sobre la yerba y almorzaron los tres con muy buen apetito, cuidando Pumarino de no pronunciar los nombres de Catalina ni Eloisa para no despertar por entonces en el ánimo de su sobrino recuerdos desagradables, que habrían disminuido sus ganas de comer.

Si nuestros caminantes hubieran podido examinar el dormitorio de la primera á través de la montaña que los separaba de Cabañaquinta, habrían visto á la triste Catalina desmayada sobre su lecho, y á la encantadora Eloisa haciéndola respirar las emanaciones de un frasquito lleño de éter, cubriéndola

la de caricias y de besos, como lo hubiera hecho la hija mas sensible, y regando el seno de la afligida viuda de ardorosas lágrimas, que la vista de aquel triste espectáculo y la ausencia de Casimiro arrancaban á sus tiernos ojos.

La afligida Catalina, á pesar de que el párroco le había hecho entrever la posibilidad de que su cuñado, deseoso de evitarla un momento de angustia, se hubiese marchado sin decir adiós, había recorrido precipitadamente una tras otra todas las habitaciones de la casa llamando á gritos á su hijo, con el delirio de una mujer que hubiese perdido la razón, y cuando al fin pudo convencerse de que lo buscaba en vano, prorumpió en convulsivos sollozos, hasta caer en los brazos de la niña que la seguía llorando á todas partes.

Gracias á los tiernos cuidados que el cura y su sobrina la prodigaron, Catalina recobró pronto el uso de la razón, estrechó contra su oprimido pecho á la criatura angelical que con tal solicitud la cuidaba, derramó un torrente de lágrimas, y se fué tranquilizando paulatinamente, cuanto puede tranquilizarse una madre cariñosa que se separa por primera vez de su hijo, á quien no podía abrazar en muchos años, y que lucha con la idea desgarradora de no volver quizás á verle nunca.

Los viajeros habían concluido de almorzar y emprendieron de nuevo su camino con menos celeridad que en un principio, porque á mas de no ser ya necesaria, no quería exponerse Pumarino á que su cabalgadura le arrojase por las orejas.

A pesar de los esfuerzos que empleaba el piloto del *Pelayo* para distraer á su sobrino, este caminaba visiblemente contristado, sin poder apartar de su imaginación la imagen de las dos prendas queridas que dejaba en Cabañaquinta.

Las once de la mañana serian cuando entraron en la capital del antiguo principado de Asturias.

Casimiro no había estado nunca en Oviedo, y su tío, con ánimo de ocupar su infantil imaginación mientras en la posada les preparaban la comida, le llevó al campo de San Francisco, al entonces naciente paseo del Bombé, á la universidad, al hospicio y á la catedral, que son los únicos objetos notables que ofrece aquella ciudad á los forasteros que la visitan.

A las cuatro emprendieron de nuevo su camino, y cinco horas despues entraban en Gijón por la puerta de la villa.

En la posada los esperaban: cenaron, y á las once de la noche un sueño benéfico y reparador había cerrado ya sus párpados.

Si os hubiérais acercado entonces á la cama en que dormía Casimiro, le oiríais suspirar á menudo, respirar con dificultad, cual si fuese presa de una angustiosa pesadilla, y pronunciar confusamente los nombres de su madre y de Eloisa.

El pobre huérfano soñaba con lo que tenía en el mundo de mas querido, y quizá luchaba con la idea de separarse de su lado sin haberlas estrechado contra su corazón.

Es mas que probable que á la misma hora las

dos sensibles y desgraciadas criaturas cuyos nombres pronunciaba, soñasen también con él.

Pasadas las cuatro primeras horas en que el cansancio de una caminata bastante larga para un niño que no había traspasado hasta entonces los límites del concejo de Aller, tuvo, mas bien que dormido, aletargado á Casimiro: la campana del reloj de la villa, situado á muy corta distancia de la posada, le despertó al dar las tres, y desde aquel momento el crujido constante y atronador de los golpes de mar que corren y se rompen con una velocidad y una violencia extraordinaria en los arenales de San Lorenzo, principió por alarmarle y concluyó por infundirle miedo y por impedirle que recobrase de nuevo el sueño.

La luz del crepúsculo introdujo media hora después alguna claridad en su alcoba, y cansado de dar vueltas en la cama, se vistió antes que sonasen las cinco.

Pumarino era madrugador por costumbre: el criado del cura párroco de Cabañaquinta que tenía que regresar con los caballos aquel mismo día según las instrucciones que había recibido de su amo, deseaba ver el mar y los buques antes de marchar, y á las cinco poco mas se hallaban nuestros tres personajes contemplando desde los paredones inmediatos á la iglesia las rompientes del arenal que tanto temor habían infundido á Casimiro.

Se dirigieron después á la atalaya de Santa Catalina, desde cuya cúspide se descubre en toda su estension la concha, limitada al N. por un horizonte estenso, y al O. y E. por las puntas avanzadas de Torres y San Lorenzo, y de cuyo centro se destaca la hermosa villa de Gijón, bañada en su mayor parte por las olas á manera de una pequeña península.

El aspecto del mar por tranquilo que se halle es siempre grandioso é imponente á la vez, y tanto Casimiro como el aldeano que la veían por la primera vez, la contemplaban extasiados y con asombro, éxtasis y asombro que llegaron á una altura imponderable cuando habiendo bajado al puerto, se hallaron frente al gran número de buques surtos en su dársena y atracados á los muelles, que recorrieron uno tras otro.

Las preguntas y observaciones que los dos, y mas particularmente el segundo dirigian á Pumarino, se sucedían y atropellaban sin descanso: todo llamaba su atención, de todo querían saber el nombre y el destino, porque cuanto veían era para ellos nuevo y extraño.

—Cuánto tiempo tiene este barco?—preguntó el labriego al piloto, indicando el mayor de los buques que había entonces en la dársena.

—Seis ó siete años cuando mas.

—Hola! pues ya es grandecito!... ¿Y este otro tan chiquitín y tan guapo?—prosiguió el aldeano señalando un bote botado al agua en la semana anterior y que estaban acabando de pintar.

—Oho días.

—Diablo! señor Pumarino! Pues dígoles á Vd. que en teniendo veinte años será mas grande que

la cuesta de Navanco si va creciendo tanto como el otro.

El piloto del *Pelayo* se reía de la inocencia y de la sencillez de su interlocutor, y siguió enseñándole cuanto de notable había en el puerto, hasta llegar al bergantín en que navegaba y en el cual entraron, recorriéndole de popa á proa y examinando uno por uno todos sus departamentos.

—Y diga Vd., señor Pumarino—seguía preguntando el criado—¿cómo se llaman estas cuerdas?

—Escotas.

—¿Y para qué sirven?

—Para cazarlas.—(Los marineros pronuncian por lo general casarlas.)

—¿Qué barbaridad! ¡Y luego dicen por mi tierra que solo se casan los cristianos! ¿Y estas otras?

—Escotines.

—Serán los hijos de las otras, ¿no es verdad? ¡Cuánto va á reirse el señor cura cuando le diga que en los barcos se casan hasta las cuerdas, y que las pícaras saben darse tan buena maña, que tienen hijos casi tan grandes y tan gordos como ellas!

Los marineros del *Pelayo* tuvieron que violentarse mucho para no soltar la carcajada.

El sol que principiaba á calentar, trajo á la memoria del aldeano sus caballos y las ocho leguas que tenía que andar aquel día; y aunque con marcado disgusto se alejó del muelle, se dirigió con sus dos compañeros á la posada, almorzó pensando en el casamiento y los hijos de las escotas, y emprendió por fin su viaje para Cabañaquinta.

Casimiro experimentó al verle marchar un movimiento de envidia, considerando que aquel hombre vería otra vez á su madre y Eloisa, mientras él carecería de este placer durante muchos años.

Los días que mediaron hasta la salida del bergantín, los empleó el piloto en prevenir á su sobrino contra los efectos del mareo, á cuyo fin le instaló desde luego en el buque, compartiendo con él su propia cama, le hacía salir todos los días á zalearse por la concha en el bote de á bordo y cada vez mas afuera, le llevó consigo á Luanco, distante de allí dos leguas, cuando antes de marchar fué á despedirse de sus amigos y parientes, para cuya expedición eligió un día en que la mar se hallaba algun tanto picada, y le embarcó por fin varias veces en las lanchas que iban á la pesca de sardinas, y en las cuales basta el nauseabundo olor de raba, de que se sirven como cebo, para trastornar un estómago de bronce.

Casimiro sufrió todas estas pruebas graduales sin experimentar la menor novedad, y Pumarino quedó contentísimo al adquirir el convencimiento de que su sobrino era inaccesible al mareo, y esperó mas satisfecho ya el momento de darse á la vela.

BALDOMERO MENENDEZ.

(Se continuará.)

COMPOSICIÓN POÉTICA

A LA SALIDA

DE

LAS NAVES DE COLON

DEL

PUERTO DE PALOS.

ADVERTENCIA.—Se dá á luz la presente composición con la sola idea de satisfacer á algunos amantes de la literatura clásica, que siempre han pretendido encontrar en las débiles obras del autor algunos reflejos, aunque opacos, de las eminentísimas creaciones de los Quintanas, Listas, Gallegos, y otros ilustrados poetas de los que han enriquecido nuestro Parnaso: advirtiendo por último, que siguiendo cuidadosamente la marcha ó giro del asunto y la doctrina de su escuela, le ha parecido conveniente suprimir hechos secundarios propios de las relaciones históricas, y enteramente ajenos del lenguaje de las Musas.

Y los nautas alzaron sus cantares
Y se engolfaron en los anchos mares.

OCTAVA 40.

1.

Sublime inteligencia, que del cielo
A la mente del ser que diviniza
Desciende con radiante y fácil vuelo;
Que lo eleva, engrandece y electriza;
Que le infunde el espíritu y el celo
De la ciencia de Dios que patentiza;
¿Cual fué el suceso célebre y fecundo
Que aumentó la creacion, que ensanchó el mundo?

2.

Recorre el orbe activa, diligente,
De la imaginacion con la carrera:
Todos los tiempos con tu vista ardiente
Examina afanosa, y considera
Esos trastornos que Jehová consiente,
Que imperan y dominan por do quiera,
Fijando el espantoso torbellino
De este caos turbulento y su destino.

3.

Estudia al hombre en su naciente estado:
Míralo en pos ufano, poderoso,
Dictando leyes por la ley alzado:
En el solio arrogante y ostentoso
Galardonar un hecho fortunado;
Fundando reinos é imperando ansioso;
Derramando la saña por la tierra
Y alimentando la ceñuda Guerra.

4.

Brilló la Grecia y sucumbió humilde:
Roma con su poder y predominio
También tocó su ruina vergonzosa:

El norte desbordado el estermínio
Esparció y la contienda belicosa,
Y aunque brilló la ciencia y su dominio
Imperó, entre fantástica teoría
Otro mundo entre sombras se ofrecía (1).

5.

Un genio se elevó, ferviente, osado:
Superó á todo sabio fastuoso
Con ánimo resuelto y alentado:
Y el valladar terrible y espantoso
Por el inmenso océano formado,
A su arrogante espíritu ardoroso
Frágil, débil estorbo le presenta,
Y entre las ondas su saber ostenta.

6.

¿Quién te igualó, Colon? el mundo entero
Te contempló admirado, y á tu nombre
Humilló su cerviz el altanero
Filósofo orgulloso; y tu renombre
Como un rayo de luz corrió ligero
A confundir la vanidad del hombre:
¿Quién tu númen mostró? ¿Quién cual tú pudo
Vencer al sabio tétrico y ceñudo?

7.

En tu imaginacion altiva, ardiente,
La abrasadora llama de la ciencia
Encontró su solaz: el Ser potente
Te crió para el bien: con su excelencia,
Con su divina gracia y prepotente
Aseguró tu célica creencia;
En tí fundó su triunfo y mayor gloria
A los siglos legando tu memoria.

8.

"Que sea, (pronunció) y de la tierra
"Se muestre el resto al entendido humano."
Y la grandeza que en su seno encierra,
Y aquel poder inmenso y soberano
Que en sus resoluciones nunca yerra,
Lo deposita en tu segura mano;
En tí, Colon: y te anunció aquel día
Que al occidente el sol también lucía.

9.

Cual águila orgullosa y altanera
Que despliega sus alas y se mece
En la region del viento placentera,
Y descende á su nido, y se adormece,
Y vuelve á alzarse, y libre persevera
En su resolucion, y se envanece;
Así emprendió Colon su rauda vuelo
Y se encumbraba en el radiante cielo.

10.

¡Mas cuánto padecer y cuántos males

(1) Aristóteles, Séneca, Plinio y Estrabon en sus meditaciones filosóficas indicaron la existencia de tierras remotas al occidente: mas sus anuncios quedaron envueltos en las sombras del misterio; como también las relaciones de Marco Polo y Mandeville, y de otros célebres navegantes.—*El autor.*

Sufrió la resignada mansedumbre
Del mas grande y feliz de los mortales!
Nuncio de un bien futuro, á la alta cumbre
De la ciencia inmortal, con sus reales
Pensamientos, certeza y certidumbre
Rechazaba de doctos los delirios,
Y do sembraba el bien coja martirios.

11.

Isabel de Castilla su querella
Comprendió, y penetrando el grande arcano
Su triunfo fija, su ventura sella;
Al nauta tiende su esplendente mano:
A su áulico hemisferio como estrella
Lo sublimó para honra del hispano,
Y escuchó de sus labios con sorpresa
"Yo por Castilla abrazaré tu empresa."

12.

Permite ¡ó reina! que mi débil musa
Tu nombre aclame, y que mi lira eleve
Con armoniosos ecos la profusa,
La noble accion que á tu esplendor se debe:
Tú despreciaste la opinion difusa
De fatuos mil la emulacion alevé;
Tus joyas ofreciste dadivosa;
Tú impulsaste la empresa portentosa.

13.

¡Cómo es verdad que un corazon ferviente
Encuentra todo el bien y su delicia
En el objeto que halagó su mente,
Y la grata ilusion blanda y propicia
Goza aquel fruto bello preferente,
Que acoje como un don de la justicia;
Y con sus presunciones pasajeras
Percibe las venturas lisonjeras!

14.

Partió al punto Colon, y cuidadoso
A la Rábida llega do su empeño
Mostró primero mísero afanoso,
Ora de un mundo cual seguro dueño:
Su espíritu inflexible y ardoroso
Mas se embriagaba en su precioso ensueño,
Y en los brazos del célebre Marchena
Recibió el parabien que lo enagena.

15.

Es de la cristiandad norma segura
Ver solo en Dios y en su benevolencia
Toda resolucion perfecta y pura,
Y en todo halla de Dios la omnipotencia,
Pues la fé y la piedad así lo augura
Y lo dicta la sabia inteligencia;
Y toda empresa que al Señor invoca
La perfeccion y la excelencia toca.

16.

En tan bella creencia aleccionado
Colon se confiaba diligente,
Y ante el Autor supremo prosternado
Con resolucion firme y reverente
En su dulce esperanza asegurado,
Le ofrecia sumiso, ledo, ardiente,

El pensamiento que inspiró su anhelo,
Y de la estupidez alzaba el velo.

17.

Seguido de su fiel y dulce amigo,
De aquel prelado sabio y oficioso
De su abandono y su orfandad testigo,
Ante el sagrado altar y misterioso
De San Jorge de Palos, y al abrigo
De un poder arbitrario y receloso,
Se publicó el rescripto que fijaba
Aquella noble empresa y la elevaba.

18.

Nunca, por suerte infausta, se reúne
En un mismo interés é igual concierto
La comun voluntad, ni sigue inmune
Todo suceso como justo y cierto
Un solo parecer que no se une
En su afanoso discurrir incierto,
Pues lo que á un ser agrada ó engrandece
A otro lo abate, ofusca ó lo decrece.

19.

El espanto, el terror y la zozobra
Se suscitó en el pueblo consternado
Al contemplar aquella estraña obra
De infausta ejecucion y fin menguado:
La perdida razon tarde se cobra
Aunque la ciencia con su tono alzado
Procure disipar con sus razones
De un concurso alarmado las ficciones.

20.

Se alzó una airada y fiera competencia;
Aparecieron fúnebres señales
En la esfera sin luz; y en su demencia
Vió la imaginacion monstruos fatales:
Del mar enfurecido la inclemencia
Presentaba espantosa á los mortales
Un sepulcro seguro y un fin cierto
En un abismo inmensurable y yerto.

21.

Todo fué agitacion, terror, ruina:
Como á un ser delirante y pavoroso
Se contempló á Colon, y su doctrina
Estremecia al pueblo candoroso
Donde la indignacion solo domina
Sin sosiego, sin calma ni reposo:
Se comprimió la multitud pasmada
Por horribles fantasmas contristada.

22.

"¡Engolfarse en el mar! capricho vano:"
Repetia la airada muchedumbre;
"¡Buscar en el horror del océano
"Un fin con su segura certidumbre,
"Por complacer á un temerario insano
"Que ofrece solo mal y pesadumbre;
"A un visionario presuntuoso y necio
"Que execucion merece y el desprecio!"

23.

Afanoso Marchena secundando

De Colon los esfuerzos, lo impulsaba
Su paternal influjo derramando:
La reflexion, la calma concitaba
Para aplacar al ominoso bando,
Que la anhelada empresa retardaba
Con sus imaginarias alusiones
Sus fatales anuncios é impresiones.

24.

Solo virtud, resignacion, constancia,
Entre afanes continuos y desvelo
Presentaba Colon; su tolerancia
Templaba de sus émulos el duelo:
Con su serenidad y vigilancia
Y el pensamiento en el favor del cielo
Mantenía resuelto y animoso
Su esclarecido triunfo y portentos.

25.

Su aspiracion, su fé, su bien, su gloria,
Todo á aquel hecho audaz lo confiaba:
Dictaba los renglones de su historia
Que orlan su tumba y que la fama alaba:
Y del santo sepulcro, en su memoria
El rescate benéfico que ansiaba
Sostuvo con afan firme y constante,
Cual trunfo de la Iglesia militante.

26.

Como el astro del dia refulgente
Penetra por la parda oscura nube,
Y con su ardor activo y disolvente
La niebla esparce que á la esfera sube;
Así Colon en su deseo ardiente,
Al padre de la gracia y del querube
Imitando del sol la fuerza activa,
Lo invocaba con fe sumisa y viva.

27.

Cuando afanoso el hombre algun suceso
No alcanza con su esfuerzo y albedrío,
Ni un término feliz á su embeleso
Halla agitado en mísero desvío,
El Supremo Hacedor con firme acceso
Mostrando su grandeza y poderío,
Dispone que la próspera fortuna
Se muestre mas propicia y oportuna.

28.

Así el nauta alcanzó del justo cielo
De su incesante afan la recompensa:
De espíritus angélicos el vuelo
Halagaban su mente, y de la inmensa
Divina gracia recibió el consuelo
Que al justo en su infortunio le dispensa;
La voluntad divina contemplaba
Y á su glorioso triunfo se acercaba.

29.

Un atrevido, osado navegante,
JUNIO.

El célebre Pinzon, ya convenido
Como diestro piloto y mareante,
Se unió á Colon resuelto y entendido;
Y al ver aquel magnate que anhelante
Secundaba aquel hecho convencido
Y se reunió á la empresa proyectada,
Se templó la inquietud entronizada.

30.

De este nuevo adalid la union segura
Fué cual la fresca linfa al mustio prado:
Su ansiedad moderaba y su amargura
El pueblo honroso en su aflictivo estado:
A ella se debió el bien, y aquella altura
Que dió Colon al hecho celebrado,
Y el llevar por los mares procelosos
Marineros activos y animosos.

31.

Yañez Pinzon su hermano, de concierto
Se unió á los dos, y al punto combinaron
Marear sus bajeles en el puerto
Y á arrostrar los peligros se brindaron:
Ruiz y Roldan con ánimo resuelto
Con Sanchez y Segovia se alistaron,
Y Arana y Escovar; y aventureros,
Y famosos y diestros mosqueteros.

32.

Y la heroica Isabel, grande, esplendente,
Celebraba aquel acto apeteido,
Y que impulsaba su deseo ardiente
Cumpliendo su contrato convenido:
Bondosa, afable, tierna, complaciente,
Llegar ansiaba al triunfo prometido,
Y ver asegurado el pacto honroso
Que abrigaba en su pecho generoso.

33.

No es el canoro cisne, la alba aurora
Mas grata cuando leda se presenta
Ahuyentando las sombras, y colora
De verde el prado, y el esmalte aumenta
De la halagüena encantadora Flora
Y todo corazon gozoso alienta,
Como al descubridor fué el fausto dia
Que dió principio á su feliz teoría.

34.

Tres carabelas en la rada izaron
La enseña de Castilla: el estampido
Retumbó del cañon, y se elevaron
Cánticos reverentes: y al ruido
De estrepitosas voces, se calmaron
Los fúnebres anuncios; y el plañido
Se trocó en apacible confianza
Y brilló en todo pecho la esperanza.

35.

Un confuso tropel se vió alteroso,

40



Vagar por la amenísima ribera
De aquel mar transparente y luminoso:
Llegó Colon con su presencia altera,
Su noble faz, su traje magestoso;
Tendió afable la vista y placentera;
Y entre la multitud se presentaba
Como el Númen que el triunfo presagiaba.

36.

El tierno padre al hijo condolido
Estrechaba en su seno, y contristado
El amigo á su amigo dolorido;
La esposa á su consorte idolatrado:
Y con ánimo inquieto y comprimido
El sensible labriego enajenado
Al triste compañero despedía,
Y un adios sempiterno repetía.

37.

Con la imaginacion en rauda vuelo
Y al cielo dirigiendo reverente
Sus plegarias, cual célebre modelo,
Fray Juan Marchena activo, diligente,
De Colon mantenía el justo celo:
Y al partir, persuasivo y eminente,
"Corre á ensanchar, Colon, (le dijo ufano)
"La mansion deliciosa del cristiano."

38.

Y le tendió sus brazos cariñoso:
Saltó al esquife que cortó las olas;
En su bajel altivo y ostentoso
Tremolaban banderas españolas.
El crujir del cañon al mar añoso
Volvió á agitar; y bellas aureolas
Rodearon del nauta la alta frente
Donde brillaba su deseo ardiente.

39.

En la Santa María aparejada
Colon, Segovia, Arana, se embarearon;
De cubierta corrida y popa alzada,
Que robustas bombardas reforzaron:
Y á la Pinta, su jarcia asegurada,
Y á la velera Niña que atildaron,
Las mandaban los ínclitos Pinzones
De firmes y resueltos corazones.

40.

Elevaron las áncoras, y al viento
Dieron las alas de nevado lino,
Y en rápido, atrevido movimiento
Las quillas resbalaban de continuo:
De Fernando é Isabel fiel monumento
El hecho fué como favor divino:
Y los nautas alzaron sus cantares
Y se engolfaron en los anchos mares.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

SIN ALMA.

Yo miro tu cabello
ceñir en ondas el contorno puro
de tu gallardo cuello;
que es mas blanco y mas bello
al resaltar en el cabello oscuro.

Mi ardiente fantasía
trémula de placer mira asimismo
tus ojos, vida mia,
brillantes como el sol del mediodía,
negros como el abismo.

Yo contemplo en tu boca
la sonrisa ligera
que en dulces labios el amor coloca,
el color que á la rosa desespera,
y el vivo afán que á la pasión provoca.

Yo miro tu cintura
que en movimientos dóciles ondea
y que la gracia apura;
tesoro de hermosura
que mis sentidos frágiles recrea.

Te miro, y cada día
un nuevo encanto admiro en tu belleza.
¿Quieres saber ahora, hermosa mia,
qué causa mi tristeza?
tu alma no la he visto todavía.

JOSÉ SELGAS.

GARROTAZOS.

Cuando miro á un mequetrefe,
barbilampiño, estirado,
que en los puestos del estado
ocupa el lugar de gefe,
y á funcionarios activos,
que mil servicios prestaran,
los encuentro en cueros vivos
tan solo por que no hallaran
el filon que halló aquel zote
que es hoy del cotarro el amo,
en mis adentros esclamo:
¡qué lástima de garrote!

Cuando en casas suntuosas
y en carretelas doradas

miro mil improvisadas
fortunas escandalosas,
y al que ayer un quidam era
teniendo el bolsillo exhausto,
hoy contemplo por do quiera
lleno de pompa y de fausto,
sin tener mina que esplota,
fincas ni oficio maldito...
en mis adentros repito:
¡qué lástima de garrote!

Cuando un estúpido pollo
mueve la punzante lengua
y en la virtud pone mengua
siendo de ella torpe escollo;
cuando un Tenorio moderno
la dulce paz regalada
de alguna mujer honrada
convierte en horrible infierno,
y al decirla "yo te amo"
es de su honor fiero azote...
en mis adentros esclamo:
¡qué lástima de garrote!

Cuando me encuentro en la calle
una moza de la trínca
que en la esbeltez de su talle
pretende hallar una finca;
cuando en torpe devaneo,
por no coger la costura,
vive en su atmósfera impura
y llama hermoso al mas feo,
queriendo que en el garlito
todos caigan de cogote...
en mis adentros repito:
¡qué lástima de garrote!

Cuando un rapaz, cuyo labio
aun no ha sombreado el bozo,
abriga ya el pobre mozo
aspiraciones de sabio;
cuando un licencioso viejo
se acicala impertinente,
sin tener mas confidente
que la esponja y el espejo;

cuando un raro monigote
me dice que es muy bonito...
en mis adentros repito:
¡qué lástima de garrote!

Cuando un maton me asegura,
que hiende, destroza y raja;
cuando la historia me encaja
de alguna heroica aventura;
—cuando una mujer coqueta
se empeña en darme un avance
contándome á todo trance
los giros de su veleta;
—cuando una vieja el reclamo
lanza á todos con su dote,
en mis adentros esclamo:
¡qué lástima de garrote!

Cuando un vendedor me roba;
cuando algun primo me emprima;
cuando un acreedor me soba;
cuando un necio se me arrima;
cuando un fumador me para;
cuando un coche me atropella;
cuando una murga repara
en mi casa y viene á ella;
cuando un gorrón infinito
quiere en mí sacar su escote,
en mis adentros repito:
¡qué lástima de garrote!

Por último, cuando veo
esta confusion de gentes;
cuando miro ciertos entes
y en sus corazones leo;
cuando mas de un tonto brilla
y mas de un pícaro crece,
y á la virtud se escarnece,
y al mérito se le humilla,
sin saber por qué me inflamo,
y aunque me llamen Quijote
en mis adentros esclamo:
¡qué lástima de garrote!

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Juan Lanas.

De todos es conocida
la persona de Juan Lanas,
porque es Juan Lanas un hombre
que en todos lugares danza.
Tan bonachon, tan bendito,
de tal genio y bondad tanta,
que puede servir de sopa
según es buena su *pasta*.
Juan Lanas no es hombre feo,

siempre tiene linda cara,
buen color, buenos mofletes
y un *baul-padre* por panza.
Sus ojos son para vistos,
y él con ellos no ve nada;
sus barbas son tan menudas
que se rien en sus barbas.
Si sus físicos adornos
no son por cierto una ganga,
en punto á dotes morales
no hay duda que es una alhaja.
La luz de su entendimiento,
sin darla un soplo, se apaga;

es una noche sin luna
la que su cabeza pasa.
Si toma un libro en la mano
se duerme al ver la portada,
y si oye hablar sobre ciencias
se queda como una estatua.
No entiende mas que de toros,
y de ovejas y de cabras;
que por ser bichos lanudos
dice que son de su casta.
Es el hombre mas dichoso
que ha salido de la nada;
ni le saludan las penas,

ni los dolores le baldan.
 No conoce mas pasiones
 que la de Semana Santa;
 y tiene muchas virtudes
 como las tienen las plantas.
 Los vicios son forasteros
 que en él no encuentran posada;
 si comete falta alguna
 será falta de gramática.
 No distingue á las mujeres
 sino porque llevan faldas,
 y en cuanto á amor, estoy cierto
 que solo á sus padres ama.
 Nunca fué novio de nadie
 y en su vida peló pavas;
 que si en Navidad las come
 se las pela su criada.
 Se ha casado porque ha visto
 que sus iguales se casan;
 pero está en el matrimonio
 como si estuviera en Babia.
 Con su mujer vive siempre
 en una paz octaviana;
 tan bien como ellos se llevan
 ni en un coche los llevarán.
 El hace á todos favores;
 y si él alguno demanda,
 le dicen, que haciendo tantos
 para sí mismo los haga.
 Sus deudores le avergüenzan,
 y sus criados le mandan,
 y el dinero que él ahorra
 otro *quidam* se lo gasta.
 Aunque su estómago llena
 de sustanciosas viandas,
 cuando se mezcla entre gentes
 no habla cosa con sustancia.
 Entre sus muchas virtudes
 la paciencia es la mas alta,
 pues toca al cielo, y le nacen
 las raíces en la espalda.
 El sufre que sus parientes
 entren á saco en sus arcas,
 y le desplumen hambrientos
 los pavos *reales* que guarda.
 El sufre que su costilla
 le imponga sus ordenanzas;
 y que la suegra maneje
 el tinglado de la casa.
 Es hombre, en fin, tan bendito,
 que si le pegan se aguanta;
 y si tratan de quemarle
 no le queman ni con ascuas.
 Juan Lanás siente morirle,
 y yo comprendo la causa;

pues dudo que estando muerto
 pueda gozar de mas calma.

V. MARTINEZ MULLER.

BUENO Y MALO.

*A mi amigo D. Ramon R. Correa,
 despues de haber leído su poesia
 titulada: El pró y el contra.*

Si cuando cala la lluvia
 me guarezco en el café
 despues de admirar el pié
 de la morena y la rubia,
 y hablo con un amigote
 de conquistas y dinero....
 digo para mi capote,
¡qué bueno es vivir soltero!
 Pero si noto despues
 cuando estoy de vuelta en casa
 que mi cabeza se abrasa
 y que se hielan mis pies,
 y el mastuerzo del criado
 dejó apagarse el brasero....
 me digo desconsolado,
¡qué malo es vivir soltero!

Si exaltándose el magin
 aunque murmure la gente,
 cruzo el mundo libremente
 del uno al otro confin,
 dando un gran chasco á mi novia
 cual Tenorio verdadero....
 esclamo aquí y en Varsovia,
¡qué bueno es vivir soltero!

Mas si cerca de un abismo
 y en una terrible noche
 le toca volcar al coche
 rompiéndome yo el bautismo,
 y un ángel-mujer no existe
 que acuda al pobre viajero....
 me digo entonces muy triste
¡qué malo es vivir soltero!

Si en el baile miro á Juan
 al lado de su señora
 que le cansa y le encocora,
 mientras hago de galan

y de una en otra ilusion
 cruzo la alfombra ligero....
 digo con satisfaccion,
¡qué bueno es vivir soltero!
 Pero si acabado el baile
 y rendido de danzar
 voime solito á acostar
 en mis jergones de fraile,
 y allí no encuentro el calor
 del amor que yo prefiero....
 esclamo: "¡pero, señor,
qué malo es vivir soltero!"

Si en un continuo derroche
 cantor de broma y orgía,
 hago de la noche dia
 y al dia convierto en noche,
 el grito de mi conciencia
 al de la suegra prefiero...
 ¡que viva la independencia!
¡qué bueno es vivir soltero!
 Mas si el cansado laud
 responde á mi corazon
 y á la santa inspiracion
 del amor y la virtud,
 y lloro.... y no ve mi llanto
 el ángel por quien yo muero....
 esclamo en mi desencanto,
¡qué malo es vivir soltero!

Así yo, Ramon amigo,
 que en eso del matrimonio
 sin poder dar testimonio,
 tambien opino contigo,
 encuentro en la soltería
 su amargura y su regalo,
 que ha probado el alma mia
 mucho bueno y mucho malo.

Y así, débil, perentoria
 del bien y el mal con la ciencia,
 vacila nuestra existencia
 entre el infierno y la gloria.
 Por eso el dolor profundo
 siempre tras la dicha ves,
 que vivir en este mundo
 ¡muy bueno y muy malo es!

EDUARDO BUSTILLO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

TERCERA PARTE.

(CONTINUACION.)

—Imposible, Joaquina! exclamó como respondiendo á una lucha interior; en el corazón de esa niña que me acabais de pintar tan ensimismada, tan espiritual, tan aérea, no puede resbalarle ningún pensamiento impúdico.... no puede....

—“Lo que no puede ser, guardar una mujer,” monseñor; respondió descaradamente la Soberana: lo que....

Una mirada de Rodrigo cortó la frase que Joaquina iba á pronunciar, y que sería cuando menos tan impúdica como la anterior.

—Pues bien; dijo levantándose el joven abate y afectando una indiferencia que casi desorientó la sagacidad de Joaquina: sea ó no querida de un pescador, esa pobre niña se ve hoy al frente de todas las necesidades de su familia, y ni sus pocos años, ni el escaso producto de sus labores podrán hacerla caminar un solo mes sin caer en el abismo de la perdición ó espirar de hambre.... Yo creo de buena fé que os tomáis por ella todo el interés que decís, y os prometo recomendarla muy especialmente á mi señora madre.

Joaquina se enfureció como todos los espíritus soberbios; dijo que su hermana no necesitaba de nada ni de nadie; y sobre-escitada un poco por la cólera, casi ultrajó al señorito que salió algo amostazado de casa de la antigua doncella, repitiéndola que recomendaría á su señora madre aquellas dos infelices criaturas, por mas que segun ella decia de nada necesitasen.

Joaquina comprendió perfectamente que el abate hablaría y conseguiría de su madre todo cuanto quisiese, privándola de seguir ejerciendo para con la huérfana el papel de protectora.

Queriendo á toda costa que Elena la considerase como su único apoyo, Joaquina se asomó recatadamente á la puerta, ocultando el cuerpo tras de la cortina, y expiando con singular inquietud la dirección que llevaba el joven abate.

La fortuna parecia proteger decididamente sus egoistas y rebajados designios, y en lugar de dirigirse hácia el palacio de su madre, monseñor encaminó distraidamente sus pasos hácia la playa, enviando Joaquina en su seguimiento á la mas re-

lamada de sus discípulas para asegurarse de que no se engañaba.

Cuando la niña le aseguró que monseñor se hallaba paseando solo á la orilla del mar, la Soberana respiró; tomó su manto, y entregando la vara de avellano y las disciplinas á la hija del síndico, salió aceleradamente para llegar á tiempo de “cortar el reversino” al señor abate que se habia atrevido á amenazarla.

—Chica; dijo volviéndose hácia la puerta de la escuela y dirigiéndose á la muchacha que acababa de llegar: ¿y con quien iba monseñor?

—Solo, maestra.

—Solo! pues qué, ¿no hablaba con nadie, mari-boba?

—Con nadie, maestra; paróse un momento junto á unos pescadores de caña y echó á andar otra vez á lo largo del paredon del muelle.

—¿Y hácia dónde miraba?

—Miraba al mar con unos ojazos, maestra, como si quisiera echarse al agua.

—Hum! murmuró Joaquina al trasponer el umbral de su risueña casita, haciendo por costumbre la señal de la cruz. Pasearse solo! mirar al mar como si quisiera echarse al agua! las señas son mortales!.... Y luego amenazarme á mí, tan solo porque no ando con paños calientes cuando se trata de una “bestia vestida....” Dios me perdone! Ah! señor abate, señor abate! no se trata aquí de un devaneo cualquiera; se trata de la rama real de Santarúa, y una pobre y leal doncella sabrá sacrificar todos los intereses terrenos por salvar esa honra que quereis arrastrar por el lodo! ¡Un Guzman enamorado de una plebeya! añadió con el mismo entusiasmo que si hubiera sido la Sra. Mariscal.... Nunca! nunca!

Y la Soberana aceleró el paso y llegó al palacio de la Sra. Condesa, que la recibió al momento con su acostumbrada benevolencia.

Aprovechándose de la escrupulosidad de ideas que profesaba la excelente señora, la Soberana le refirió á su manera la escena que acababa de tener lugar, esforzándose en hacerla ver cuanto mas decoroso sería, que á ella sola y no al joven abate quedase su sobrina agradecida.

La Condesa aprobó en efecto cuanto le propuso su antigua doncella, ofreciéndose á costear desde luego la manutención de la pobre ciega.

—¡Ah! señora mia! exclamó la Soberana con ademán casi suplicante; si mi sobrina llegase á percibir que este beneficio viene de mano de V. S. me perdería el respeto, me abandonaría sin consideración alguna! No sabe V. S. lo que es esa chiquilla!

La condesa cuya caridad evangélica para nada necesitaba el estímulo de la publicidad, consintió en todo, y Joaquina salió del palacio mas orgullosa con su triunfo que César Augusto con la conquista de las Galias.

En cuanto á la cuestión de honra de “los Guzmanes,” la condesa era tan buena, tan casta, tan excelente, que la Soberana no se atrevió á mancillar en su presencia la reputación de una sobrina de

quien se decia protectora, aplazando la cuestion para tratarla en tiempo oportuno con la Sra. Mariscal.

Cuando el jóven abate se presentó á su madre recomendándole vivamente aquellas dos desgracias, la condesa que como hemos dicho hacia el bien solo por el placer de ejercer la caridad y sin que para ello necesitase del estímulo del aplauso público, respondió dulcemente á su hijo que aquella desgracia estaba ya en lo posible remediada, pues la generosa Joaquina acababa de tomar sobre sí el cargo de sostenerlas, haciendo en esto un sacrificio mucho mayor que lo que podia esperarse de su mediana posicion.

Rodrigo quedó por algunos instantes sin saber qué pensar. El que acababa de oír de boca de la misma Soberana, que su posicion no le permitia hacer por su hermana el mas pequeño sacrificio; el que acababa de oírle escarnecer á Elena y aconsejarla que llevase á su pobre madre al hospicio de Oviedo ¿cómo podia creer en un cambio tan repentino de ideas? ¿Cómo el corazon de aquella mujer habia podido pasar en tan pocos instantes de la ruindad y la ingratitud á la generosidad y la abnegacion?

¡Ah! el abate conocia demasiado bien á la Soberana, para poder creer fácilmente en tamaña transformacion, conocia demasiado hasta donde llegaba el egoismo, la dureza y la ruindad de aquel corazon de malos instintos, y aunque la voz de su madre era para él tan autorizada como la del evangelio, comprendió al fin que la generosidad de la Soberana no podia emanar mas que de la inagotable caridad de la condesa, que acostumbraba á santificar con el secreto sus mas importantes limosnas.

Rodrigo dirigió de nuevo á su madre algunas súplicas en favor de aquellas dos infelices, citándole algunos rasgos que ponian perfectamente en relieve el carácter miserable de aquella pretendida consoladora de afligidos; pero la condesa respondió con dulzura clavando en su hijo una mirada casi severa:

—¡Hijo mio! los hijos del altar no deben recordar nunca los defectos del prójimo sino para compadecerlos. La caridad es la primera de todas las virtudes.

Rodrigo se inclinó y salió en silencio de la habitacion sin atreverse á levantar los ojos en presencia de su madre.

En tanto que atravesaba las calles que separan el palacio de Santarúa del de Solis, Rodrigo pensativo, confuso y dominado de una agitacion penosa casi parecida al delirio, procuraba en vano calmar su escitado espíritu, y dirigia maquinalmente sus pasos por segunda vez á la playa donde moraba la simpática é ignorada hija del pobre pescador.

De repente detuvo el paso como quien despierta de un engañoso sueño, sus rodillas temblaron y de su hermosa y satinada frente brotaron algunas gotas de un sudor frio.

Acababa de recordar su elevada cuna, su delicada posicion y los votos que le ligaban á la Iglesia.

—¡Sacrilegio! exclamó con voz sorda echando una mirada sobre sus insignias sacerdotales.

Y esforzándose por separar de su imaginacion la idea que preocupaba su cerebro de una manera extraña, retrocedió hasta la plaza y subió rápidamente la espaciosa escalera del palacio de la Sra. Mariscal como si temiese sucumbir á la tentacion.

¡Pobre Rodrigo! Aquella idea que en vano se esforzaba en sofocar era la que iba á trastornar completamente los risueños proyectos, las fundadas aspiraciones de su brillante porvenir, destruyendo de un solo golpe toda la felicidad que la fortuna parecia haber acumulado sobre *aquella cabeza privilegiada*.

III.

SOLEDAZ. (1)

¿Dónde voy? ¿dónde estoy? ¿cuál es mi patria? ¿Cuál mi férreo destino?

—¡Ay! solitaria, triste, desvalida,
Solo encuentro en la vida

Raudal de llanto, de dolor continuo
Y tinieblas sin fin en mi camino.

R. A.

Rodrigo, á pesar de su poderosa energía, que constituia en él una segunda naturaleza, no pudo conciliar el sueño en toda la noche y apenas la aurora empezó á rayar en el horizonte, ya el jóven abate vagaba distraídamente por la risueña campiña que rodea la vetusta villa, y que ofrece por todas partes el mas risueño y magnífico panorama.

El sol no habia asomado aun por entre las rosadas nubes que coloraban el oriente, trazando una línea de púrpura sobre el azulado océano, y los campos aparecian iluminados por una claridad vaga y tranquila, mil veces mas seductora y poética que el ardiente y despiadado rayo del sol de medio dia.

El alma de Rodrigo encontraba en aquella naturaleza tibia y melancólica un encanto irresistible que le habia sido desconocido hasta entonces; una fruicion en la que se confundian los mas hermosos ensueños y los mas dolorosos suspiros.

Era la primera vez que Rodrigo sufría, ó creia sufrir, porque el pobre jóven que hasta entonces tan frívolo como feliz, solo habia contemplado el mundo por el lado ridículo, apenas podia darse cuenta de aquel malestar, de aquella súbita tristeza, de aquella seductora melancolía que le hacia encontrar tesoros de sentimiento en el murmullo de los arroyos, en el rugido de las olas del mar, en los arrullos de las tórtolas y hasta en la aroma de las mil flores silvestres que embalsamaban las auras matinales en aquella deliciosa campiña.

Rodrigo subió la tortuosa senda escalonada entre los altos pinos que coronan el cercano monte, y desde aquella altura contempló largo rato la paci-

(1) Por una equivocacion hemos puesto por título *Soledad* al capítulo 2º que lleva por título. "La primera tristeza."

fica villa que se extendía á sus piés y cuyos habitantes empezaban entonces á dejar el sueño.

El alma triste y apasionada hace brotar la poesía de todos los objetos, como Moisés hizo brotar el agua de la Peña de Horeb; y el manto de niebla que envolvía todavía la playa, el canto del pescador que aparejaba su barquilla para ir á la pesca, las azuladas columnas de humo que empezaban á elevarse de las raquílicas chimeneas, y sobre todo, el solemne rugido del mar interrumpido por el agudo esquilon que anunciaba desde la mezquina torre la llegada de un nuevo sol, hacían experimentar á Rodrigo una emoción dulcísima, preferible en su misma tristeza á las violentas emociones y frios raciocinios con que se había alimentado hasta entonces.

En vano procuraba con todas sus fuerzas sacudir el yugo de la ilusión que le tenía fascinado, porque aquella ilusión que venía á arrancarle del santuario, ofreciéndole en cambio un cáliz de amargura, era la que en pocas horas había espiritualizado su alma, la que hacía brotar de todo lo bello un rayo de esa poesía que no se vé, que no se habla, que se traza en renglones de sílabas contadas, de la poesía del sentimiento.

En vano se repitió Rodrigo una y mil veces que un descendiente de los nobilísimos Guzmanes no podía romper con sus honrosas tradiciones, en vano escitó su amor propio con las ilusiones que le brindaba su porvenir elevándole á las mas altas dignidades de la Iglesia, mientras que aquella nueva y desordenada pasión solo podría legítimamente alimentarse renunciando á todas sus aspiraciones, á las esperanzas de su familia, y á las pingües rentas de la Sra. Mariscala; fuera de que para llegar á este resultado era menester provocar un escándalo con el que había que recurrir á la corte de Roma.

Rodrigo estaba dotado de un espíritu demasiado fuerte para esquivar la lucha y se propuso lidiar cuerpo á cuerpo con su amargo destino.

Le era ya preciso seguir amando á la pescadora, en tanto que le durase la vida; le era preciso verla, oír su dulce voz, cadenciosa como una música suave, aspirar su aliento, embriagarse con su espiritualismo, y todo eso á la sombra del misterio, todo eso sin que el fuego que rebotaba su corazón asomase jamás á sus labios, sin que Elena sospechase que le guiaban otros sentimientos que los de la caridad, los de satisfacer sus humanitarios instintos entre la clase mas humilde de aquella sociedad en una época en que tan marcadas eran las gerarquías.

Dos días antes el abate se hubiera enorgullecido con la idea de hacer de la pescadora una de sus queridas; ahora se hubiera batido á muerte con el que se lo hubiera propuesto.

Sus ideas, sus goces, sus aspiraciones iban á girar desde aquel día en un círculo solitario donde no hallaría un aplauso, una sola voz que le animase á seguir adelante; y sin embargo Rodrigo se sentía fuerte para sufrir toda la vida sin otra recompensa que la sonrisa de Elena, sin mas esperanza legítima que la de otra vida mejor donde Dios premia los sufrimientos de este mundo de miserias.

¡El materialista, el descreído, el abate galante y voluntarioso pensaba con placer en la muerte á la temprana edad de veintidos años!

Había sin embargo una idea con la que no podía familiarizarse y que le preocupaba de una manera horrible. ¿Sería posible que Elena pudiese amar á un ser tan material como Pedro el Relumbrante? Oh! Rodrigo tomaba casi por una blasfemia aquella suposición, y sin embargo no podía poner en duda que el gallardo, el generoso y honrado pescador existía, y que era el único amigo de la pobre ciega.

El abate volvió á entrar en la villa mas resignado, pero no mas tranquilo, y se dirigió á la iglesia donde se estaba entonces diciendo la primera misa.

Con una fé, con una devoción de que hasta entonces casi se había mofado, arrodillóse humildemente al pié del altar y empezó á orar con un fervor que en él podía casi atribuirse á milagro.

Era la primera vez que el jóven ordenando elevaba su corazón á Dios con ese entusiasmo que todo lo sacrifica.

Al salir de la iglesia le pareció que su corazón se hallaba aliviado del mas horrible peso; y en aquel momento hubiera tendido sinceramente la mano á Pedro el Relumbrante.

En la misma mañana y antes que las niñas empezasen á entrar en la escuela, María Joaquina se encaminó á la choza de su hermana, y despues de echarle en cara que la muchacha le había faltado al respeto delante del mismo monseñor, añadió con gatzmoñería que su buen corazón lo olvidaba todo, y que en prueba de ello venía en persona á buscar á Elena para que continuase asistiendo á la escuela, comprometiéndose á darla sobras mayores á fin de que con ellas pudiese atender también á la pobre ciega.

—Alabado sea Dios! exclamó la pobre Polvorosa maravillada de tanta generosidad.

Elena no menos admirada que su madre de que la misma Soberana hubiese venido á buscarla, olvidó todos sus insultos y le echó los brazos al cuello con la mejor buena fé, y aceptó gozosa la proposición que le procuraba de nuevo el alimento para su pobre madre.

Despues de haber avisado á la Relumbrante para que diese de cuando en cuando una vuelta por la cabaña, Elena tomó con su tia el camino de la escuela, acelerando ambas el paso porque la hora de entrada había sonado ya.

Las niñas viendo la puerta cerrada jugueteaban alegremente aguardando la llegada de la maestra.

—Lo ves, hija? decía la Soberana á su sobrina dulcificando en lo posible su voz que iba adquiriendo con el abuso de los licores espirituosos cierto timbre varonil; mira qué pronto ha encontrado tu madre quien la cuide. ¡Si sabía yo que las gaviotas no se abandonan jamás unas á otras!

Apenas llegaron á la puerta de la casa, todas las niñas se agruparon en derredor de Elena, brincando y corriendo como corderillos retozones.

Uno de los mayores motivos que tuvo Elena para aceptar con alegría las ofertas de la Soberana fué

el de poder continuar su aprendizaje de escritura, porque la pobre niña rodeada de privaciones soñaba con la idea de hacerse maestra.

La Soberana había abusado de tal manera de Elena para que enseñase á las niñas á leer, hacer media, coser y rezar la doctrina cristiana, que á la pobre institutriz no le quedaba un momento de respiro.

Sin embargo tanto era su afán por ir mas allá, tanta su infatigable laboriosidad que en el breve espacio que le dejaba la siesta y la hora del oscurecer, había empezado á escribir, dignándose su tía corregir gruñendo las planas de palotes que á su manera iba formando.

Al pensar que algun día podría escribir todos los pensamientos que abarcaba su imaginación volcánica, al considerar que llegaría á poseer el secreto de que dos almas puedan comunicarse á largas distancias, el entusiasmo de Elena no tenía límites, y cuando al entrar de nuevo en el corredor de la Soberana, distinguió en una rinconera su cartapacio de badana verde sugeto con el tinterillo de cuerno, experimentaba una alegría como la del avaro cuando pasa revista á su escondido tesoro.

Pero con gran asombro suyo apenas se rezó el Trisagio para despedir á las niñas, la Soberana despachó entregándola su cazuelilla de arlequines y encargándola que corriese á cuidar á su madre.

En vano le dijo Elena que iba á consagrar tan solo un cuarto de hora á su lección, y que su madre estaba entonces recomendada á los cuidados de la pobre y fiel Relumbranta que no la abandonaría, la Soberana recogió por sí misma el cartapacio y despidió de nuevo á Elena, añadiendo á su despedida como de costumbre las palabras mas duras.

Entonces Elena le suplicó humildemente que la permitiese llevarse á su casa el recado de escribir, prometiéndole traerle todas las mañanas.

—Y bien mirado ¿para qué necesitas tú esas escriturías ni aderezos de señores? replicó la Soberana midiéndola de pies á cabeza con su mirada depreciativa; á plan nuevo vida nueva, hija, y en tanto que tu madre viva, (que Dios nos la conserve muchos años;) no puedes aspirar á otra cosa que á lazarillo de ciego,.... á mas.... que.... aquí es imposible estar un momento sin recado de escribir.... ¡Un cura de la villa!

—Pero.... el señor cura.... se atrevió á insinuar Elena sin levantar los ojos.... tiene en su cuarto la escribanía.

—¿Y qué te importa á tí que la tenga, gazmoña? ¡Pues no faltaba mas, sino que te fuésemos á tí á rendir cuentas!.... he dicho que no puedo pasarme un momento sin el recado de escribir.... y á mas que.... no quiero cargos de conciencia.... La escritura para las que tienen el alma endiablada, no es mas que la escala de la perdición.... Demasiada maña te darás tú para entendértelas con los galanes sin que te ayude la pluma! Anda, anda á cuidar á tu madre!... ¡poca conciencia!

Elena sintió que sus mejillas se cubrían de un vivo encarnado, y confusa y avergonzada tomó la

cazuelita de las sobras y salió de la casa mas corrida que una mona.

Aunque la Soberana no había llevado envuelta en aquellas palabras mas intención que la de zaherirla como de costumbre, Elena sin saber por qué, pensó que aquella indirecta tenía alguna relación con las miradas del abate, y aquel pensamiento la hizo experimentar un sacudimiento tan extraño, que la pobre huérfana no pudo menos de preguntarse cándidamente:

—¿Pero qué tengo yo que ver con monseñor?

Elena no encontró respuesta para aquella pregunta, pero su corazón empezó á latir con mayor violencia, y su acalorada imaginación le representaba en su camino al joven abate, envuelto en su holgada túnica de linó, y elevando ante el altar del milagroso crucificado aromáticas nubes de incienso.

—¡Ah! murmuró Elena como agobiada por un pensamiento importuno que fatigaba su joven corazón con una pesadilla mortal. ¡Maldita el alma que se atreviese á poner su pensamiento en el elegido del Señor! ¡Maldita!

Y parecióle entonces que las olas que venían á estrellarse entre las guijas de la playa respondían al eco de esta maldición, que había de tener una influencia tan inmensa en su porvenir.

A los pocos días y como si el destino hubiese querido probar su fortaleza, una convocatoria de hombres de mar, llamó al servicio de la Real Armada á el marinero Pedro el Relumbrante, que se vió repentinamente obligado á abandonar á su anciana madre á todos los rigores de la suerte.

El dolor de la Relumbranta era uno de esos dolores ruidosos que perturban el cerebro, y se exhalan en agudos y dislacerantes gritos.

Sola y abandonada en su ancianidad, atendida tan solo á la miseria que pudiera producirle el arrendamiento de su miserable barquilla, ¿á dónde iría la pobre madre á demandar consuelos el día en que sus continuos padecimientos la postrasen en el lecho del dolor?

Ay! ¿qué serían ya en adelante para la infeliz anciana los risueños gritos con que las familias de los marineros celebran todas las tardes la vuelta de las lanchas pescadoras?

La Polvorosa tomaba en el desconsuelo de su pobre amiga una parte tan viva, que al verlas llorar y gemir como una sola persona, nadie hubiera podido descifrar á primera vista cual de las dos era la verdadera madre del pescador.

Elena no lloraba, no gritaba; pero su dolor era sombrío y reconcentrado, como si la palabra fuese impotente para expresarle.

Cuando un malestar imposible de definir fatigaba su espíritu; cuando una idea vaga cruzaba por su imaginación perturbando al pasar las puras aguas de su rígida conciencia; cuando su pensamiento se tornaba hacia Pedro buscando la paz, la tranquilidad que rebosaba la fisonomía del honrado pescador, en cuyo amor adivinaba Elena la única áncora de salvación para su alma enferma, el destino la arrebató el único compañero de su in-

fancia, el único pescador á quien tal vez hubiera llegado á amar con toda su fé, porque la generosidad, la instintiva nobleza que formaba el fondo de su carácter, suplía en él la falta de cultura, trocando la dureza que distingue casi siempre á los de su clase, en una dulce y cariñosa espresion que despertaba las simpatías de cuantos le veían por primera vez.

—Sola! murmuraba Elena mirando con espanto en derredor suyo; sola con mi destino, con mi porvenir, con mi borrascosa imaginacion que concluirá por devorar mi físico! Sola! ¿y quién me ayudará en esta lucha en la que gasto sin cesar mis propias fuerzas?... Oh! Dios mio! tened piedad de mí.

IV.

ASTUCIA.

Quick with the tale, and ready with the lie,
the genial confidante and general spy.

Byron.

Aparte del interés natural que debía inspirarle como hermana la vida de la pobre ciega, tenía la Soberana el muy poderoso de seguir recibiendo de la señora condesa, continuados socorros á fin de que nada faltase á Gumersinda, ni á su desgraciada hija.

Pero no le bastaba á Joaquina el infame monopolio que ejercía con aquellas sagradas limosnas que iban á extinguirse en el insaciable estómago del señor cura, sino que queriendo además reponer lo mas pronto posible el barrilito de la manzanilla y la castaña del anisete que se iban quedando vacíos, encaminóse un domingo por la tarde al palacio de Solís, resuelta á explotar hasta donde fuese prudente la famosa cuestion de honra que habia reservado para la señora mariscala.

La Mariscala se encontraba sola revisando con ayuda de sus anteojos de oro su primorosa ejecutoria iluminada por lindísimas miniaturas y magníficos florones.

La ocasion no podia ser mas oportuna.

Después de las ceremonias de costumbre, pues la señora no perdonaba en nada la etiqueta, Joaquina se sentó en un escabelillo á los piés de la Mariscala, que la preguntó con una curiosidad febril, qué novedades corrían por la villa.

Aunque señora de gran mundo y una gran señora, la Mariscala como todas las damas que se sepultan en la remota aldea ó la ignorada villa, privada de toda distraccion, de todo pasto para el entendimiento, cifraba su única distraccion en la chismografía.

Joaquina que de ordinario charlaba como suele decirse por los codos, se encogió de hombros y guardó silencio.

La Mariscala admirada de aquel fenómeno repitió su pregunta.

—¡Ay! señora mia! exclamó al fin la Soberana con aire compungido; ¿y le parece á V. S. que tendré yo

JUNIO.

gusto para averiguar historias ajenas, cuando tantas desgracias ha enviado el Señor sobre mí.

—¡Pobre Joaquina! exclamó sencillamente la Mariscala; en verdad que la caridad que estás haciendo es para tu mediana posicion mucho mas de lo que Dios exige de sus criaturas... pero no te aflijas, hija mia, no te aflijas por nada en tanto que nosotros estemos en el mundo... ¿necesitas algo, mi buena camarera?... Habla, Joaquina... habla.

—¡Ay mi señora! respondió vivamente Joaquina como si cediese á un impulso superior á su cálculo, es en vano que yo pretenda guardar secreto alguno con V. S.,... no... no quiero que V. S. me crea mejor de lo que soy.

—No te comprendo, hija.

—Pues bien, yo hablaré y V. S. me comprenderá y hasta creo que me dará la razon. ¿Cómo era posible que una pobre maestra como yo se echase encima la carga de sostener á la ciega, cuando apenas puedo con la muchacha?

—Pero eso es para mí cada vez mas incomprensible, Joaquina... si tú no la sostienes ¿quién es quien ejerce esa obra tan meritoria á los ojos de Dios.

—La señora condesa; esa santa á quien hemos de ver si vivimos canonizada.

—¡Cómo! exclamó admirada la Mariscala! Mi hermanita!... ¡y nada me habiais dicho!... pero... ¿por qué ese misterio, Joaquina?

—¡Chit! pronunció en voz baja la Soberana llevándose el índice á los labios. ¿Está V. S. completamente sola?

—Sola... sí... al menos por estas habitaciones.

(Se continuará.)

CRONICAS DE LA CORTE.

Dos y tres de Mayo. = Campamento de Amanuel. = El Palomo. = Entrada oficial de los vencedores de Africa. = Festejos. = Iluminaciones. = Musas patrióticas. = San Isidro. = Carreras de caballos. = Chocolates y danzas. = Sal si puedes. = Recepciones en las Academias. = Certámen en la de la Lengua. = Romancero de la guerra de Africa. = Regreso de la reina. = Apertura de las Cortes. = Anzuelos y depósitos.

Lectoras mías, amadas en el Señor; ¡vaya si me veo apurado al comenzar la reseña de los sucesos de Mayo! Véome convertido en el actor que se corta al comenzar la relacion mas interesante del drama; en el pretendiente que tartamudea ante la presencia del severo ministro un introito de servicios y merecimientos; en el amante tímido que ni siquiera se atreve á atreverse, como el D. Fabricio de Breton; en el diputado que tiene que esponer muchas cosas ante la faz del pais, y á la postre se las ha dejado en el tintero, ó en el bolsillo

del frac; me hallo en fin, en una situacion difícil, como diria un corto de genio; en un trance comprometido, en un atasco, (ya dí con la frase), porque hablar mucho y poco á la vez, contaros los diferentes sucedidos de por acá sin hacer muchas letras para que mi crónica no dé mucho de sí, si es que tiene algo que dar, confieso que es empresa atrevida, máxime cuando ahora hemos arreglado las cosas de manera que se llenan libros enteros de palabras y despues se venden á peseta lo menos, para que el comprador se persuada de que son romances. Vamos, confieso sinceramente, palomas mias, que no entiendo una jota de eso que llaman los sabios sintetizar, por lo que no soy partidario de las poesías de Heine, ni de los artículos del Alfonso Karr, las cuales y los cuales daria yo por media docena de discursos de un diputado ministerial español, de esos que todo lo convierten en sustancia. Pero el espacio es corto y la tela abundante; basta de renglones de relleno y vamos al grano.

Dejando á un lado la funcion cívico-militar del Dos de Mayo que nos recuerda otros gloriosos dias de la patria, porque ya la conocereis, aunque no sea mas que de oidas; os diré que despues del dia 2 del mes referido y que acaba de espirar, vino el dia 3 como era de cajon por no haber una razon para que así no sucediera; esto parece que no tiene nada de extraño y realmente es así; pero lo que sí es inverosímil, *absúrdico* é inopinado es que en pleno año de 60 y en la corte de las Españas, se echen á la calle en son de alarma y con fines siniestros, numerosas hordas de jóvenes *artesanas* para sacar algo en limpio de los bolsillos de los pacientes transeúntes, pidiendo lo que no hay y dando para ello la razon de pié de banco, de que aquel dia se celebra la fiesta de la *Cruz de Mayo*. Crucificado vióse en un dos por tres el supradicho dia idem el amigo de un mi conocido de vista, á quien tres robustas jamonas le echaron un discurso para extraerle el consabido cuartito para la Cruz de Mayo: este joven, blando de corazon y duro de memoria, quiso adjudicar á las pedigüenas un duro de bolsillo, y se encontró que habia *mudado de chaleco*, ó lo que es lo mismo, de dinero. Figuraos el jaleo que se armaria al ver que aquel bolsillo de esperanzas se habia malogrado. Mi hombre no dió que tomar, pero dió que decir, y el dia 3 vive aun en su memoria y vivirá eternamente.

Tócame registrar aquí el suceso mas interesante de este mes y se puede decir de esta época: terminada la campaña en la que nuestros valerosos tercios han defendido la honra de España, regando con su sangre las veredas que desde la costa mauritana conducen á la ciudad santa de mentirillas, y santificada ya por nuestra salvadora religion: la paz ajustada entre aquel empequeñecido imperio y nuestra gran nacion, debia ser el nuncio del suspirado regreso de las bizarras huestes de sus nobles hijos. Así sucedió; terminado el capítulo de las hazañas de nuestros valientes, rompió sus vallas el deseo y todo el mundo anhelaba contemplar aquella masa de guerreros, cuya presencia habia sido anunciada con júbilo universal. El ánimo oprimi-

do por la dolorosa memoria de los mártires, dió treguas á los funerarios clamores. Lauro imperecedero coronaba ya sus fosas; habíase cubierto de enlutados crespones el templo del Altísimo. Diez y siete millones de almas habíanse elevado al cielo orando por los muertos; justo era pues tejer guirnalda de corazones para dedicárselas á los vivos, y esto fué lo que se verificó el memorable dia 14.

Pero no debo anticiparme á los hechos, lectoras mias. El Jueves 13 amaneció un dia delicioso; la estacion primaveral se habia vestido de gala para saludar á los viajeros. La dehesa de Amaniel, sitio ignorado que dista una legua larga de Madrid, vióse poblado de tiendas de campaña y las tiendas de morenitos encantadores, de esos que se servian los moros como las tazas de café; y los alrededores de aquellas, de una inmensa multitud que acudió en su mayoría *pedibus* andando, á recrearse con la vista de los descoloridos ponchos, con las barbas chamuscadas por la pólvora, con los lienzos que habian resistido los rigores de crudas intemperies, y cada figura de aquellos, producía una exaltacion entusiasta, cada relato un torrente de aplausos, cada chiste de los briosos militares, un viva, y cada agujero de un ros una lágrima. ¡Cuántas sensaciones extraordinarias no se experimentaban allí! Llegó la noche y el vasto é improvisado campamento, presentaba un aspecto indescriptible; varias hogueras ardian en derredor de las tiendas. Sus luces iluminaban el espacio, perdiéndose en él las densas espirales de humo. De repente sonó la señal de la retreta, y el estrépito marcial de las músicas, ensordeció los rumores de las brisas perfumadas de la noche. Los ecos de mil diversos himnos patrióticos conmovieron mi corazon; y mi alma se elevó á la mansion del Dios de las batallas, por cuya soberana voluntad, volvian vencedores mis hermanos!

Una espaciosísima tienda de bandas azules y blancas, era la destinada para el banquete dedicado á los generales de aquel ejército, por el Duque de Tetuan, en cuya mesa se sentaron hasta sesenta y cuatro personas. Recuperáronse allí las fuerzas de lo lindo, y cien brindis se oyeron al fin de la fiesta. La romería duró casi toda la noche; no se pasaron cinco minutos en toda ella sin que dejaran de estallar repetidas salvas de entusiasmo, así como los disparos de cohetes; O'Donnell y Prim fueron llevados mas de una vez en andas, por el pueblo, entre aclamaciones. Lo merecían, y su mejor y mas alta recompensa recibíronla en la espontaneidad con que fueron victoreados.

El celeberrimo *Palomo* descansaba en tanto de sus continuas fatigas á la embocadura de una tienda. ¡Pobre animalito! ¡Si viérais, sensibles suscritoras de LA MODA, con que agradecida tranquilidad admitió mis caricias! No hay duda, si hubiérais observado, como yo, su marcial continente, de seguro se os pasa por las mientes la idea de estampar un ósculo patriótico en las lanas de su melena. *Palomo* no estaba en su cabal salud, tenía una patita así, así... y permanecía absorto y meditando sobre las consecuencias de las cojeras! Pobrecito

Palomo! No parecía sino que le habían jugado una perrada.

Un cañonazo anunció, á la siguiente mañana, el advenimiento de la aurora; el silencioso campamento volvió á la animación que se había extinguido por breves instantes, y las sombras de la noche pasaron con rapidez para que se ostentara un sol magestuoso y brillante, nacido para alumbrar las victoriosas huestes. A las nueve llegó S. M. en carretela acompañada de su augusto esposo que iba á caballo, del cual sufrió una leve caída: y del infante D. Sebastian y servidumbre. Los reyes revistaron las tropas entre los vivas de un pueblo numeroso y volvieron rápidamente á Madrid. Pocas horas después, á la una y media de la tarde, asomaron las primeras bayonetas por el sitio donde fué la puerta de Atocha, á quien en tal ocasión había sustituido un arco de ramaje con trofeos, improvisado por orden de nuestro ayuntamiento. Renunció á describirlos, leyentes mías, aquel monumento de hojas secas; por su pobreza, solo os diré que los diarios políticos de por acá, le alabaron mucho, haciendo subir su costo, sin duda por la carestía de las yerbas. Desde que los bravos campeones, aparecieron en el Prado, hasta que tornaron á sus acantonamientos, después de desfilar por delante del balcón principal del alcázar régio, donde les aguardaban nuestros soberanos, con el consejo de ministros y la grandeza etc., etc., sería difícil tarea designar punto por punto, los sitios y las ocasiones infinitas en que se vieron envueltos por el torbellino del mas grande de los entusiasmos.

Marchaban delante los heridos á quienes conducían los coches de algunos grandes, que se desparramaron con este agasajo para dar ejemplo á otros de su clase. Una alfombra de coronas cubrió las encanecidas cabezas de estos mártires de la patria, y la explosión de los vítores y los bravos resonaba en sus oídos sin cesar un instante. En la calle de Alcalá, antiguo edificio de Correos, Calle Mayor y otros diversos lugares de la carrera se inundó el suelo de ramos de flores y versos, é infinitas palomas se cernían por los aires. O'Donnell, primera figura de aquel grandioso cuadro, no podía lograr que su caballo adelantara un paso, porque un muro de carne se oponía á su marcha. Llegó el Cid Catalán, y el entusiasmo parecía que subía de punto. Prim dió un viva á la Reina en la Puerta del Sol, que fué contestado con frenéticos arranques de alegría; y las coronas se aumentaban, de tal manera que hubo soldado que ostentaba una ensarta en su ennegrecido fusil, y el movimiento de ansiedad y las oleadas de gente contrastando con cuantas demostraciones de júbilo podáis imaginar, dieron un carácter singular á este impresionable suceso, que no se borrará jamás de la memoria de los madrileños porque de él se desprendía, la sublime al par que halagadora idea de la unión de todos los españoles.

Al regresar de palacio el general en jefe y los demás del ejército, después de haber besado las reales manos, se dirigieron por la Carrera de San

Gerónimo, á hora en que ya se había retirado la comisión del Casino encargada de entregar dos coronas á O'Donnell y Prim, que aquella sociedad les dedicaba. No obstante, avisados algunos individuos de la misma de la aproximación del héroe de las mochilas, se adelantó el señor Perez Calvo y después de pronunciar un corto discurso, le entregó ambos presentes, para que transmitiera el que le estaba destinado al Duque de Tetuan. También el Marqués de Camposanto presentó otra bella corona al bizarro caudillo de los Castillejos y éste dió las gracias en breves y elocuentes frases, exclamando al final: *"en esta santa empresa la nación y el ejército unidos, han resucitado la patria; ya tenemos patria... viva la patria!"* Lectoras; allí ví desbordarse el entusiasmo rayando en frenesí; allí sentí latir muchos corazones, ví rodar muchas lágrimas furtivas, y prorumpir en gritos y aplausos á una multitud apiñada que rebotaba contento y animación.

En aquel momento fué cuando el tierno vizconde de Bruch, hijo del general Prim, arrojó desde un balcón á su conmovido padre una corona de laurel... el adalid de la guerra debió perder los estribos en aquel momento, y estoy seguro que por tan candoroso y espresivo rasgo, ahogó por un instante el deseo de estrechar contra su pecho al hijo de su corazón.

Este sublime detalle me arrancó una dolorosa reflexión y me acordé de las desoladas madres que en aquel día llorarian la pérdida de sus hijos... pero ¿á qué entristeceros, bellas suscriptoras de LA MODA? Dios lo había dispuesto así; y él habrá coronado de gloria, aun mas imperecedera que la mundana, á los que sacrificaron su vida por la madre España.

Por la noche ¡qué magníficos transparentes adornaban la fachada del Casino, colorados por los resplandores de innumerables luces! ¡Qué orquesta tan escogida dirigió el maestro Oudrid.

La Casa de la villa, la llamada de la Panadería en la Plaza Mayor, sobresalían por su iluminación de faroles de vivos colores. La casa del marqués de los Castillejos en la calle de Alcalá, la luz eléctrica en el Ministerio de Fomento, los festones de gas en la Red de San Luis dispuestos por la sociedad de Crédito moviliario; el almacén catalán de ropas de la Carrera de San Gerónimo, el palacio del duque de Alba y otros muchos edificios llamaban también la atención por la novedad, lujo, y elegancia de sus luces y adornos.

Las inspiradas musas de los vates también concurrieron al brillo de la gran fiesta. El Casino arrojó una nube de composiciones debidas á los Sres. Vega, Rubí, Ferrer del Río, Arnau, Catalina, Perez Calvo y otros. En los teatros, especialmente en el de la Zarzuela, se leyeron improvisaciones de los Sres. Serra, Fernandez y Gonzalez, Camprodon, Palacio, Ortiz de Pinedo, Picon y Rodriguez Correa, y los periódicos de todos los matices dieron á luz las inspiraciones del eminente Hartzenbusch, del Solitario, Cañete, Martinez Pedrosa, á la Paz, Asquerino (D. Eusebio,) Frontaura, Alarcón y algunas mas que no recuerdo.

Los festejos puede decirse que duraron tres días apesar de haberse limitado la orden á uno solo, puesto que la mayor parte de las casas de Madrid aparecieron durante los mismos, iluminadas espontáneamente. Antes de concluir debo recordar la siguiente estrofa, escrita en un transparente que lucia en la Calle Mayor. Decia así:

*La historia al escribir vuestra campaña
demostrará otra vez al mundo entero,
que en honor, en valor y en justa saña
el soldado español es el primero.*

La fiesta del glorioso patron de Madrid San Isidro Labrador, háse celebrado con el bullicio, la algazara, y el buen humor de siempre; las crestas de los empinados cerros que circundan la ermita, se ha laban el día 15, coronadas de gente. La tradicional campanilla de barro, el frasquete de *leche de viejas*, las populares rosquillas de Fuenlabrada, cuyo corazon empedernido no se ha apiadado de los estómagos; el insigne garbanzo, cubierto con una capa de clarion ó blanquete, ni mas ni menos que las caras de algunas damas *nouvelles*, y al que se le disfraza con el poético nombre de *torrado*, han hecho papeles importantes en la gran zambra que presencia aturrido todos los años, el esprimido rio Manzanares, á quien en el presente, se há encargado de regar el fugitivo y rebelde Lozoya.

Allí han hecho de las suyas las *turcas*, amamantadas en nuestras tabernas, allí há resonado el monotonoso sonido de la gaita gallega, confundido con la dulzaina castellana, la vihuela punteada y el flautin vascongado. Allí han dado gato por liebre los fondistas, líquido agrio y *acumpechado* los espendedores del rico Valdepeñas; y entre el eterno guirigay de los vendedores, se oía de cuando en cuando alguna voz que gritaba "*suspiros del emperador de Marruecos*", mientras que un muchacho travieso aturdia los oídos de los asistentes con un silbato de cristal como muestra de su mercancía.

En la Casa de Campo ha habido corridas..... no os asustéis, corridas de caballos. Despues de un variado dale que le das, de vueltas al hipodromo favorecido por elegantísimos trenes y por la mayor parte de las damas de nuestra aristocracia, llevaron el gato, nó, el caballo al agua, el primer día (el 17) *Duchess*, *Lovely* y *Centella* del Duque de Fernan Nuñez, y *Elena* del de Osuna. El segundo (21) salieron vencedores, sudando la gota gorda, el citado *Lovely*, *Renecuala* del marqués de Alcañices y *Catinka* del duque de Osuna y además otro caballo de D. Gonzalo Saavedra, hijo segundo del duque de Rivas.

El sol con sus abrasadores rayos derretia las hojas de los árboles, en las dos tardes indicadas, y no obstante numerosos omnibus condujeron á los aficionados, y las personas distinguidas sobresalieron con sus carretelas á la Dumont.

Dos chocolates han dedicado á sus amigos, los jóvenes condes de Superunda, cuya casa se ha visto frecuentada por una sociedad escogidísima, haciendo la bella condesa los honores con la finura

que caracteriza á la hija de los condes de Torreno.

En casa de la viuda de Aranda, hija del general Infante, se ha verificado tambien una *soirée*, en la que era objeto de las atenciones de los pollos asistentes, la nieta del general consejero de Estado. Allí la noche es un soplo aspirando aquella atmósfera de placer y recreándose la imaginacion y el oído con las agradables notas de las danzas.

La condesa de Montijo parece que aun no ha dado punto á sus aristocráticos bailes, centro de lo mas notable en belleza, talento y distincion que encierra la corte.

No hace muchos días celebróse en casa del Sr. D. Juan Güell y Renté, hermano político de la infanta Doña Josefa, una agradable reunion de confianza. En ella, lució sus preciosas facultades y gusto artístico, la graciosa Cármen, hija primogénita del Sr. Güell y heroína de la fiesta, cantaron asimismo, la inteligente Señorita de Lanuza, Bartolini, artista escriturado para la Zarzuela, el tenor Oliveres y el Sr. Longoni, leyendo poesías, ó recitándolas las poetisas baronesa de Wilson y Sinués de Marco, y los Sres. Güell, Santos Alvarez, Santisteban, Losada, Palacio, Becquer, Martínez Pedrosa, Picon y algunos mas.

La distinguida Sra. de Güell, hizo los honores de su casa con amabilidad suma, saliendo los concurrentes complacidos en extremo de aquella amena y fugitiva reunion.

Existe en Madrid un bello teatro de aficionados que lleva el ingenioso título de *Sal si puedes*, y en el cual las discretas hijas del ilustre Conde de Clonard lucen su habilidad en el arte escénico, al mismo tiempo que el Sr. Perez de Castro, director de la *Gaceta militar*, hace alarde de sus conocimientos artísticos, dirigiendo con acierto los cuadros plásticos-aéreos que causan la admiracion de cuantos los ven. Allí se celebró hace poco una funcion, representándose con bastante inteligencia, la pieza titulada *El compositor y la estrangera*.

¿Me dais permiso, lectoras, para que en breves palabras os dé cuenta de lo ocurrido en las dos recepciones que últimamente han celebrado las Academias de la *Lengua* y de la *Historia*?

La primera recibió en su seno el día 15 al ex-ministro D. Cándido Nocedal, que leyó un extenso, correcto y bien pensado discurso sobre la *Novela*, á el cual no han faltado infundadas críticas, cuya contestacion debida á la pluma del Duque de Rivas, fué leída, ó mejor, declamada, por D. Manuel Cañete, individuo de número. Muchas y bellas damas se sentaron aquel día en los sillones de la Academia, prestando brillo al solemne acto. Igualmente asistieron el Nuncio de S. S. y varias notabilidades políticas y literarias.

El 20 abrió la de la *Historia* sus puertas al Sr. Cánovas del Castillo, joven de elevado talento que le mostró una vez mas en el castizo y erudito discurso que leyó, sirviéndole de tema *La dominación española en Italia*. Su tío el Sr. Estévanez Cal-

deron, le contestó en otro de bellas formas, aunque demasiado extenso, y no lució menos este acto que el anterior, viéndose favorecido por la juventud que mas lauros ha recogido en el espinoso camino de las letras.

El primero de los cuerpos de que acabo de ocuparme, en junta del 18 de este mes, y después de examinadas las sesenta y cinco composiciones que se le habian presentado, concedió el primer premio al poema titulado *La nueva guerra púnica ó España en Marruecos*, escrito por el Sr. D. Joaquín José Cervino, poeta cuya musa dormía hace tiempo y que ha despertado para cantar los glorias africanas en levantados versos, si se ha de juzgar por los elogios que he oído hacer á varios de sus amigos de su postrer trabajo, hasta el punto de adelantarse la nueva de que por él será nombrado académico dicho señor. Há resultado aprobado para el *accesit*, otro poema que lleva por título *La Campaña de Africa* y cuyo autor es el joven D. Antonio Arnao, laureado ya por la Academia, y del cual tambien corren lisonjeras noticias. Estando, pues, próxima á celebrarse la solemnidad de la distribucion de los premios, por S. M., ceremonia que parece se verificará en el Salon del Conservatorio, y en cuyo día se darán á luz las poesías que han obtenido la aprobacion, aplazo para la crónica del mes próximo el dar detalles y opinion sobre este asunto, confiando en que la Academia habrá sabido sacar á salvo los fueros de la justicia. Por ahora solo añadiré que aquella corporacion ha dispuesto hacer mencion honorífica de cuatro composiciones mas publicándolas con la venia de sus autores, y regalándoles cien ejemplares á cada uno.

No quiero terminar este cronicon, sin decir dos palabritas de un libro que ha obtenido la proteccion de S. M. la Reina, bajo cuyos auspicios acaba de publicarse. Este es el *Romancero de la guerra de Africa*, en el que figuran los nombres de los señores marqués de Molins, Catalina, Duque de Rivas, Amador de los Rios, Cervino, Flores, Alcalá Galiano, Madrazo (D. Pedro.) Campoamor, Hartzenbusch, Tamayo, Vega, Ferrer del Rio, Dacarrete, Cueto, Rosell, Rubí, Marqués de Auñón, Arnao, Gonzalez Pedroso, Cañete, Segovia, Breton, cerrando la marcha el maestro compositor conocido por su arte en hacer zarzuelas, Asenjo Barbieri.

Se harian interminables mis cuentos, si os refiriera de pe á pá el regreso de los reyes del real sitio de Aranjuez y la ceremonia de apertura de córtés. Ambos sucesos debereis saberlos ya pacientes lectoras, por lo cual me creo relevado de referiroslos.

Iba á cerrar la crónica, pero advierto que me dejaba en el tintero algunas noticias, que si las guardo para en adelante, de fijo me adelantará el Sr. D. Pedro de Fernandez. Ahí van por via de posdata.

Contrajo matrimonio, frase sacramental, el señor Ulloa, director de Ultramar con la señora doña Rosario Galvez Cañero, que ha trocado su viudez por una argentada luna de miel. Tambien se ha enlazado el señor Chaves, capitán de húsares é hijo último de la duquesa de Noblejas, con la señorita de Beramendi.

Finalmente, dos jóvenes conocidos en los círculos elegantes de la corte, han depositado á otras tantas señoritas de la aristocracia una, y otra hija de un alto empleado de palacio, y en breve parece que coronarán su obra con el santo nudo. Además de estos casos, se habla de algun otro que no citamos sin embargo de juzgarle verosímil, atendida la aproximacion de la cándida y el ardiente sol que ya nos derrite.

Finis coronat opus.

FABIO.

Las Reinas de las flores.

Réplica al autor del pensamiento.

Después de manifestar al Sr. XX. mi profunda y sincera gratitud por las benévolas palabras con que se sirve favorecerme en su artículo inserto en *El Constitucional* del Mártes, espero me permita departir con él un rato acerca de la conveniencia, ó mejor dicho, de la posibilidad de hacer práctica aquí su idea, puesto que segun vemos no ha pasado de programa mental.

Lo primero que del artículo resulta claro es que la fiesta en cuestion no se verificó ni en Puerto Real ni en otra parte alguna, que es precisamente lo que nosotros creíamos. Ya esto es algo para tranquilizar á las personas que engañadas por las iniciales, temian que en aquella villa hubiesen pasado cosas tan gordas como la eleccion de dos reinas, sin que las tales personas hubiesen sabido nada. Hay quien tal vez habria visto con mas resignacion el no ser ella la elegida que el no haber presenciado el acto.

No ponemos en duda el que semejante fiesta acostumbre á celebrarse en algunos pueblecitos inmediatos á la Habana, ni tal negamos como imposible en nuestro artículo: lo único que dijimos es que si el bello sexo del ideal P. R. se parecia al bello sexo de los países que nosotros conocemos, dudábamos mucho que prestase á fuer de hermosa vasallage á otra mujer; porque entre esto y hacer justicia al mérito ageno hay diferencia notable. Además, el verdadero valor de cada mujer lo aprecia á su modo cada hombre, y en una eleccion tal el número de los votos particulares haria bien difícil el que ninguna alcanzase la mayoría absoluta de votos. ¿No hay tantos gustos como individuos? ¿No hay acaso tantas especialidades de mérito cuantas son las mujeres? Ese es el secreto del corazon: es el secreto que hace que tantas feas sean adoradas y que tantas hermosas no lleguen nunca á inspirar una verdadera pasion á un hombre.

Pero demos de barato que encontremos ese tipo perfecto, diremos mas, ese tipo imposible de belleza, de gracias, de talento, de carácter, y que ese tipo esté encarnado en un ser femenino. Demos tambien de barato que él alcanza el privilegio mas

imposible aun de agradar sin escepcion á todos los hombres, ¿estaria bien que estos proclamasen á semejante fénix con faldas por superior al resto de su sexo?

Pase que se hiciese en aquellos pueblos donde la mujer no está considerada como persona, sino como cosa, como simple aliciente sensual. Allí el individuo hembra podrá ser objeto de amor; la especie nó, porque está despreciada y envilecida. Pero en nuestra sociedad sucede de otro modo: existe eso que se llama galantería, que es una especie de culto á que todas tienen derecho y que se tributa al bello sexo en masa. La galantería prescribe, por tanto, esos miramientos que se deben al amor propio femenino, y que impiden que en una reunion se establezcan públicas preferencias en favor de esta ó de aquella, porque semejantes preferencias solo se logran á costa de la humillacion de las demás. El establecer entre ellas categorías fuera ensalzar á unas en perjuicio de otras, y eso no lo consienten nuestros hábitos, y no lo consienten con sobra de razon. Véase sinó la alarma que ha producido la sola indicacion del pensamiento, y eso que fué presentado con todo el carácter de una mera broma; pero como sonaron nombres, y como tras ellos se entrevieron determinadas personas, no faltaron temores de que llegaran á verse, estas ú otras proclamadas algun día, aunque solo fuese, como dice el autor, con el carácter de "reinas de mentirigüela." De seguro si aquí, como parece que acontece allende los mares, se les formase corte y servidumbre, difícilmente ninguna reina de esas de broma, fuese quien fuese, hallaria muchas que se prestasen de buena voluntad á entrar en su servicio, aunque á cada una de ellas la hiciesen camarera mayor.

Termina su resumen el Sr. XX. diciendo que "hay mujeres feas y mujeres bonitas." Esta es una verdad como un templo. No nos parece que lo es tanto el que "las primeras deban rendir admiracion á las segundas." El ser bonitas es sin duda mérito y grande; pero es uno solo. Las mujeres, como los hombres, tienen otros cien modos de valer. Hay muchos casos, por tanto, en que una bonita debe rendir admiracion á una fea. Pero no vayamos tan allá. ¿Hay derecho en nadie para decirle á una mujer que es fea, que otra vale mas que ella? Y aunque no se le diga, ¿hay derecho para hacérselo entender siquiera por medio del desaire mas venial? En una reunion particular, por ejemplo, no canta, que berrea, una señorita. La aplaudimos sin embargo, y no le vamos á decir ni que canta mal ni que otra lo hace mejor que ella. Esta franqueza espartana nos valdria de seguro el que nos plantasen en medio de la calle. Y sin embargo, no fuera tan malo aquello como el llamarla fea. Hasta ese punto nada llega.

Nosotros, como el Sr. XX., deseamos que las fiestas campestres reciban mayor animacion que la que hoy tienen, porque redundaria en pró de nuestras bellas compatriotas; pero dudamos de que se logre aclimatar aquí el pensamiento de dicho señor. Parécenos que en nuestro terreno no habia de dar

fruto. Este reinado de las flores por fuerza habria de ser fecundísimo en guerras civiles.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ALARMA TAUROMAQUICA.

El Constitucional del último jueves trae una noticia que ha debido alarmar, no poco á los aficionados á toros. En la alta cámara portuguesa ha tenido un miembro de ella la inaudita avilantez de proponer con toda formalidad que se supriman allí las corridas de toros. Para execracion de nuestra edad y de las venideras vamos á manifestar su nombre. El tal se llama el marqués de Niza.

Pero no ha sido eso lo peor, sino que las comisiones reunidas de agricultura y hacienda apoyan con su informe la descabellada proposicion del anti-artístico marqués. Las razones en que para ello se fundan son, como no podia menos que suceder, verdaderas razones de pié de banco. Por ejemplo, que el ganado bravo es nocivo á la agricultura, porque quita á los labradores el estímulo de la crianza de ganados mucho mas útiles y propios para la alimentacion. Que estos espectáculos son contrarios á la cultura y moralizacion. Que disponen y excitan al pueblo á las malas pasiones embotando su sensibilidad, con otras patas de gallo por el estilo.

A todo esto nosotros no opondremos sino una sola palabra. ¿Y el arte, señores portugueses? ¿Qué será del arte?

Tranquílícense nuestros compatriotas. El ejemplo del vecino reino es bien difícil que aquí sea contagioso. La existencia de las corridas de toros en España tiene por garantía los nombres ilustres de los Pepeillos, de los Paquiros, de los Curros Guillen; la historia de la escuela tauromáquica de Sevilla vive ligada en cierto modo á la historia de nuestras universidades; tenemos preceptistas; tenemos obras didácticas del arte; la *Filosofía de los toros* es una de las creaciones que mas honran á nuestra patria, porque es de las poquísimas cosas que no hemos podido importar del extranjero: en fin, se trata de un espectáculo genuino y característico, como el bolero, como el zorongo, como el ole.

Laméntense en buen hora los estadistas y los filósofos. Ponderen los primeros lo que la riqueza pública pierde perdiendo treinta caballos en cada corrida en perjuicio de la industria, de la agricultura y del tráfico; clamen los segundos ante el espectáculo que ellos llaman repugnante de aquella sangre que mezclada con sucios despojos empuerca el glorioso redondel del circo; horripílese al considerar á un hombre dejando la vida entre las astas mortíferas de una provocada fiera; tápanse los oídos con cera, como los compañeros de Ulises, no para desoir el dulce canto de las sirenas, sino para no escuchar las indecentes palabrotas que allí surgen oliendo á aguardiente de cien estentóreas

laringes; díganlos que la moral, que las costumbres, que la pública decencia, que los mas vulgares sentimientos de pudor se sublevar contra cuanto allí se oye y se vé; á todo eso responderá el público yendo á los toros, y vendiendo hasta el colchon para embanastarse en un coche de tercera ó en un banco de proa, y para de allí asaltar un asiento de sol en la plaza del Puerto, con intermedio de diez raciones de manzanilla y de un plato de aceitunas. Al dia siguiente no tendrán que comer ni donde dormir la mona; ¿pero qué importa? Estuvieron en los toros.

Nosotros quisiéramos llevar allí al marqués de Niza y á los ilustres miembros de la comision de la alta cámara portuguesa, para que informasen con conocimiento completo de causa. Abriamos sin embargo un temor, y es el de que acaso entonces adicionarán su informe con algunas razones mas en pró de su pensamiento: razones que allí se omiten, porque por lo visto las corridas de toros en Portugal no son como las que se usan por esta nuestra tierra de Dios. Ellas son quizá la única cosa en que hemos llegado á la perfeccion. ¿No seria lástima que se perdiesen tantas glorias del arte? ¿No seria un dolor que renunciásemos á tantas esperanzas para el porvenir?

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El tiempo no quiere ser definitivamente bueno, y sin embargo hay ya quien se ocupa de partir al campo. La emigracion de París va á comenzar, y solo permanecerán en nuestra brillante capital aquellas personas á quienes semejantes placeres les están vedados por la ley del destino.

Nuestros almacenes de fama están agobiados de encargos y pedidos, porque no hay en el mundo mas que un solo París, y en vano se buscarian fuera de él los coquetos caprichos que la moda hace brotar en él.

Mme. Alejandrina Ghys, siempre de las primeras á ofrecernos las novedades de la estacion, se ocupa en este momento de una porcion de trages y de confecciones deliciosas. Ved aquí algunos equipos de los que he tomado nota.

Dos trages de baile de verano.

Primero: de tarlatana rosa con dos faldas.

La de debajo guarnecida de ocho buches que suben hasta la rodilla.

La segunda solo tiene dos, y está recogida al lado izquierdo por un ramo de rosas y de lirios de los valles.

El corpiño es en punta por delante y por detrás. Lo cubre enteramente una berta igual adornada con cuatro buches.

Esta berta es de punta redondeada por detrás y por delante.

Mangas cortas huecas, cubiertas por otras largas flotantes, con buches.

El prendido se componia de una corona correspondiente al ramo de la enagua.

Segundo trage, de tarlatana blanca.

En la falda diez volantes colocados sobre cada paño y cruzándose á su estremidad, donde están retenidos por un ramo de margaritas grosella.

Estos volantes están orlados de blonda estrecha.

Berta y mangas cortas, compuestas de volantes de la misma especie.

Delante de la berta y sobre cada hombro, ramo de margaritas. Corpiño en punta.

Por prendido, guirnalda de las mismas flores.

Un trage de muselina blanca se veia adornado de volantes encanutados. Tenia nueve.

Las mangas anchas y flotantes.

Dos trages de seda, uno de tafetan liso malva, el otro rayado de verde y blanco, tenian por adorno plegados puestos en feston y con igual espacio de uno á otro. Conté cuatro filas de ellos.

Un trage de tafetan azul de Prusia estaba ricamente ilustrado con pasamanería figurando lazos.

Estos tres tenian corpiños montantes y mangas anchas.

Para viaje he visto muchos trages sencillos de tejido de pelo de cabra.

Dos trages de jóvenes solteras eran de muselina pintada: una azul y otra lila. Sobre cada falda cinco volantes.

Corpiños fruncidos, montantes, de talle redondo; mangas anchas, dichas de capricho, iguales á los trages.

Citaré aun dos trages de organdí, fondo blanco á cuadros; el uno malva y el otro rosa.

Sobre las enaguas seis buches; corpiños escotados, manga corta: son para equipo de tarde en el campo.

Mme. Alejandrina, esta hada de la moda que comprende tan bien la elegancia, emplea mucho las plumas, tanto en sus sombreros de vestir como en los ricos prendidos de suaré.

Puesto que os he nombrado á Mme. Alejandrina, debo llamar vuestra atencion acerca de sus salones, donde resplandecen los sombreros mas adorables que sea posible crear. Los hay de paja, de crin, de crespon, de tul, adornados de cien diferentes modos. ¿Cómo se describe esto? Ya os lo he dicho; las modas de Mme. Alejandrina, fantásticas todas y caprichosas en sus adornos, son casi imposibles de explicar.

Los sombreros de crin y los de paja están muy en favor este verano para el medio equipo. Se los adorna frecuentemente de cintas de colores fuertes sembradas de florecitas bordadas. Las hay lindísimas.

Antes de partir conviene pensar en proveerse de las pequeñas obras que se hacen en el campo mientras se charla bajo los setos. Hallareis en casa de Mme. Richenet-Bayard cuanto pueda convenir para las tareas de las damas: tapicería, flores en lana, &c.

Las joyas están mas que nunca en favor. Si en este género se desean notables modelos es menester dirigirse á la casa Menard. Es una de las pri-

meras fábricas de París, y en ella se encuentran á un tiempo joyas de precio y sencillas, relojería, y las mas bellas piezas de platería que se puedan desear.

Las joyas con retratos grabados sobre camafeos no cesan en su éxito. M. Isler, de Roma, que ha puesto de moda este género, posee un bellissimo surtido de camafeos, que son muy apreciados por los inteligentes. Tiene talleres en Roma, así como en París, y nadie posee mas talento que él para grabar sobre piedras finas, tales como amatistas y camafeos duros, retratos de una exacta semejanza.

Para cuidar el cabello y ayudar á su desarrollo la pomada *bisontina* es escelente. Os hablo con conocimiento de causa. Esta pomada es una combinacion de la médula y de la grasa del bisonte, con el jugo de algunos escogidos vegetales.

El *manotipo* de Prevost, *La Campana de Oro*, merece una nueva mencion. Nada es mas cómodo para las personas que se mandan á hacer sus guantes. Este *manotipo* da la medida de la mano, y se está seguro de que aquellos vienen siempre bien sin tener que tomarse el trabajo de probárselos.

Concluyo haciendo votos con toda mi alma por el buen tiempo.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de barés gris, adornada la enagua con siete pequeños volantes, sujetos por su cabeza con una cinta estrecha de terciopelo negro: monillo alto y redondo: mangas anchas plegadas por arriba con una hombrera á lo jockey, y adornado todo con los mismos volantes que la enagua: nudo *duquesa* igual al vestido. Manguito de tul con puño guarnecido de encaje y rodeado de un buche, por debajo del cual pasa una cinta azul. Brazaletes de oro con guardapelo. Cuello estrecho de encaje y corbata de seda azul cielo, sujeta con un camafeo. Capota de tul y blanca, adornada de ramos de flores azules: carrilleras de blanca y cabos largos azules. Guantes paja.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de muselina de seda con un solo volante de cincuenta centímetros formando tres listas satinadas: monillo abierto de solapa: mangas medio ajustadas redondas por abajo: camisolín alto bordado: manguitos de buches con puños formados de lo mismo. Sombrero de paja de Italia adornado con cintas blancas fileteadas de paja: por bajo del ala bandó de hojas verdes y flores cereza: carrilleras de blanca. Sombrilla marquesa verde con un volante blanco. Guantes botón de oro.

SUMARIO.—UN NIDO DE PALOMAS, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—LA VIRGEN DE SANCHO ABARCA, por Doña Felicitas Asin de Carrillo, *conclusion*.—UN VIAJE REDONDO, por D. Baldomero Menendez.—A LA SALIDA DE LAS NAVES DE COLON DEL PUERTO DE PALOS, por D. Juan M. de Arrambide.—SIN ALMA, por D. José Selgas.—GARROTazos, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—JUAN LANAS, por D. Victoriano Martinez Muller.—BUENO Y MALO, por D. Eduardo Bustillos.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—CRÓNICAS DE LA CORTE, por Fabio.—LAS REINAS DE LAS FLORES, por D. Francisco Flores Arenas.—ALARMA TAUROMÁQUICA, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARÍS, por Mme. Juliette Lormeau.—ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Grabado en acero.—Figurin de trages para Señora.—Hoja doble de patrones para bordados.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Entre dos amigos, notario y dos testigos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



Do-
GEN
a de
r D.
NA-
Juan
Sel-
o de
arti-
ardo
por
ICAS
LAS
LAR-
Are-
Lor-
as.-

tra-
para

ica á
de la



Imp. Mariton.

255.

Cette planche ne peut être reproduite



LA MODA
Cadiz

1860.

Ayuntamiento de Madrid

Este período
mingos. En e
reparten cuat

SUMARIO

Flores A.
tro.—Cae
NEO GADI
—EL POR
B., *concl*

*Funcion en
do*

Lucida o
otra, fue
do objeto t
n el bellis
e otro mo
un pensam
miento pat
á la celebr

Recuérd
forzado ca
ticipó al A
oro al ya d
Rey, aque
Tetuan su
juzgado di
otorgase b
á la que e
tiesen las
fué olvidad
sin dar lug
presentó e
con la com
tico brigad
mando tan
regimiento
esa infante
y que aun
iguale, no
de los ejér

El com
pura sinea
tanto, el s
zones que

